



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Cuentas Pendientes

Ana Rico de Alonso

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2017

Cuentas Pendientes

Ana Rico de Alonso

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magíster en Escrituras Creativas

Director:

Guido Leonardo Tamayo Sánchez

Escritor

Línea de Profundización:

Narrativa

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2017

*A mi familia que me
Brindó su apoyo y amor incondicional
en este largo y difícil proceso:*

*Mi esposo Juan Carlos
Mis Hijos Juan Carlos y Margarita
Mis hermanos Lola y Alejandro*

Agradecimientos

Quiero expresar mis profundos agradecimientos a quienes contribuyeron a la elaboración de este trabajo. En primer lugar, al Profesor Guido Tamayo, quien me acompañó durante tres semestres, orientando mi trabajo con profundo respeto, con estricta exigencia e invaluable aportes en sus correcciones a los diferentes textos que escribí incorporando sus observaciones. A Julio Paredes y Martha Orrantía que guiaron mis primeros pasos. A mis compañeros y amigos de la maestría Karina Medina, Camilo Cruz y Alex Calderón, que me han brindado afecto, acompañamiento y apoyo. A Judith Fandiño y Sandra Mejía funcionarias de la Maestría quienes me orientaron y apoyaron en gestiones de tipo administrativo, con la mejor voluntad y eficiencia.

Resumen

Cuentas Pendientes es una novela basada en las historias personales de cuatro personajes, una pareja, la madre de un hijo adoptado y el hijo adoptado, que llevan su existencia de manera independiente, y los azares de la vida los llevan a conocer la existencia de los otros. La intención del argumento es lograr que las vidas de estos personajes a la manera de la película *Torre de Babel*, converjan en un momento del tiempo, y se pueda dar respuesta a múltiples interrogantes.

El núcleo central del argumento es el descubrimiento de un “otro yo” en los integrantes de la pareja, en cada uno y en el Otro, un “yo” que frente a un desplome de su mundo económico y afectivo, actúan de una manera totalmente desconocida para ellos; que como pareja son unos desconocidos que viven juntos, cada uno en un espacio existencial blindado y, que en las situaciones límite pueden actuar con mezquindad, violencia y egoísmo. Lucía Domínguez, la protagonista, que vive la quiebra y el desmoronamiento de todos sus mundos, descubre a la otra Lucía, su Yo opuesto, pero que no sólo es la Lucía violenta que agrede sino la que hubiera querido tener hijos, considerar la adopción, –aunque la negara a nivel consciente–, y también es la Lucía que hace uso de fuerzas internas para levantarse y rehacer su vida. Este proceso de enfrentarse con el Yo interno, que alcanza su máxima expresión en las novelas *Dr. Jekyll y Mr. Hide* de Robert L. Stevenson, o *El doble* de Fiódor Dostoyevski, es un proceso que vivimos todos en mayor o menor grado, pero que en situaciones tan traumáticas como las que vive Lucía, la otra Lucía aparece de forma tangible.

Palabras clave: pareja, cuentas, quiebra, desmoronamiento, resurgimiento.

Abstract

Pending Accounts is a novel based on the personal histories of four characters, a couple, the mother of an adopted son, and the adopted son, who live their lives independently, and come to know about the other by luck, by chance or by destiny. The intention of the argument is to bring forth the lives of these characters in a moment of life as in the film *The Tower of Babel*, and provide an answer to multiple questions raised along the novel.

The central core of the argument is the discovery of the “other self” in the members of the couple, who discover in themselves and in the Other that when faced with a collapse of their economic and emotional worlds, act in a way totally unknown to them; that as a couple they are nothing but a pair of strangers who share house, each one entrenched in an armored existential space, and that in extremely severe situations they can act with meanness, violence and selfishness. Lucía Domínguez, the main character, who lives the bankruptcy and the crumbling of all her worlds, discovers another Lucía inside her, her opposite ego, who is capable of strong violence but also who would have wanted to have children, to consider adoption as alternative although consciously she is against it, and is also the Lucía who makes use of all her inner forces to raise from despair and to start a new life. This process of confronting oneself with the inner self, that reaches its maximum expression in *Dr. Jekyll and Mr. Hide* by Robert L. Stevenson, or *The Double*, by Fiódor Dostoyevski, is a process lived by every person in different ways, but when faced with shocks as traumatic as those lived by Lucía, the Other Lucía appears tangible to her.

Keywords: Couple, accounts, bankruptcy, crumbling, revival

Contenido

	Pág.
Resumen	IX
Prólogo.....	1
Primera Parte.....	9
1. Capítulo I.....	9
2. Capítulo II.....	13
3. Capítulo III.....	17
4. Capítulo IV	21
5. Capítulo V	23
6. Capítulo VI	27
7. Capítulo VII	31
8. Capítulo VIII	35
9. Capítulo IX	39
Segunda Parte	43
10. Capítulo X	43
11. Capítulo XI	49
12. Capítulo XII	51
13. Capítulo XIII	55
14. Capítulo XIV	57
15. Capítulo XV	61
Final.....	65
A. Anexo: Carta constancia de la terminación satisfactoria del trabajo de grado .	67

Prólogo

*Para levantar un peso tan enorme,
Sísifo, se necesitaría tu coraje,
No me faltan ánimos para la tarea,
Mas el objetivo es largo,
Y el tiempo, corto.*

Irene Némirovsky

Quisiera iniciar este prólogo con una reflexión sobre el proceso de concebir y escribir una novela tomando como base mi experiencia en este aspecto.

Escribir una novela fue para mí un sueño, un proyecto, una meta, desde muy temprano en la vida, cuando comencé a incursionar en el fascinante mundo de la literatura. Mis primeras lecturas fueron de escritores rusos y franceses, en buena parte por influencia de mi padre. Más tarde fui descubriendo autores de diferentes nacionalidades, tiempos, estilos, que fueron una fuente de conocimiento y disfrute. No obstante, en la selección de carrera, escogí Sociología pues la única oferta existente que podía hacer referencia a la literatura, en la Universidad Nacional de comienzos de los años sesenta, era Filosofía y Letras. La Filosofía no era de mi interés, así que opté por Sociología.

A lo largo de mi vida profesional, la Sociología y la Literatura coexistieron de manera paralela, pensando en distintas oportunidades si no me había equivocado de camino, y ¿qué hubiera pasado si hubiera tomado el otro camino?, como dice Robert Frost en su poema *The Road not taken*,

*dos caminos se abrían en un bosque, y yo
tomé uno de ellos el menos transitado
y eso ha hecho toda la diferencia*

No es indudablemente la pregunta que me hago ahora. Es un poco tarde para hacerla, pero además, el camino que recorrí fue satisfactorio y como mencioné, no lo transité sola sino que siempre estuvo a mi lado un libro de novela, cuento o poesía.

Cuando me pensioné y tuve tiempo disponible, ingresé a la Maestría de Escrituras Creativas, de la cual tenía las mejores referencias. En ningún momento mi motivación fue volverme escritora, sino aprender a escribir en un lenguaje distinto al de los textos de análisis sociológico que había escrito por muchos años.

Otro factor que intervino en mi motivación de tomar este camino, fue el gusto por el lenguaje, la palabra y sus múltiples significados, matices, usos. Hablo de la palabra oral tanto como de la palabra escrita. He hecho uso de estas dos clases de palabras a lo largo de la vida en la docencia y en la investigación, con ciertas habilidades para redactar. Esta facilidad hizo que diferentes personas con quien tuve contacto personal o profesional, de muy buena fe, me dijeran: “Usted redacta y/o narra muy bien, “¿por qué no se dedica a escribir?”. Sin embargo yo era consciente de la necesidad de tener tiempo disponible —que no lo tenía— pues la escritura literaria no es una afición que se desarrolla en las márgenes del tiempo, sino que es un fino oficio, una disciplina, una obra de creación y por eso no es posible amanecer una mañana como Kafka, convertido en otro ser, en este caso, en escritora.

En el primer semestre de la Maestría, aprendí mi primera gran lección: la buena redacción no lleva automáticamente a convertirse en escritor. Los ejercicios realizados en los diferentes cursos y el desarrollo del Taller I de escritura, me llevaron a aceptar la lección. En ese semestre y en los dos siguientes, encontré que mi principal dificultad y el desafío para muchos aficionados que quieren convertirse en autores, es encontrar un argumento, junto con la habilidad de la escritura. Yo no tenía argumento ni para cuento ni para novela. Tenía claro que quería escribir una novela como trabajo de grado pero, pese a los esfuerzos del tutor Julio Paredes, no pude escribir más de cinco páginas. Las escribí y ya, se me acabó el argumento. ¿Cómo crear personajes, como tejer una trama que tenga un principio, un desarrollo y un desenlace?

En el segundo semestre, la impotencia literaria produjo resultados similares, teniendo como tutora a la profesora Martha Orrantía. Pude avanzar unos pocos pasos, mejoré en la escritura de cuentos en las otras asignaturas que los pedían. ¡Ya sabía qué era un argumento! Pero mis argumentos eran tan de corta duración, que la tutora me sugirió que ensayara escribir cuentos que, compilados, pudieran conformar el trabajo final.

No obstante, con toda la valoración que puedo hacer del cuento, no me atraía tanto como la novela, sin negar el inmenso valor que muchos de ellos contienen. Leí cuentos de Edgar Allan Poe, León Tolstoi, y otros autores de los siglos XIX y mediados del siglo XX, en especial de autores europeos y norteamericanos. En la década del sesenta, me inicié en la literatura latinoamericana, y obviamente leí cuentos de Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Horacio Quiroga, Juan Rulfo, García Márquez, entre otros. También he leído novelas de una buena variedad de escritores; las leí en mis años juveniles, releí unas cuantas en la mitad de la vida, y ahora he vuelto a algunas de ellas, en especial las de Albert Camus y Marguerite Yourcenar, mis escritores más admirados. También me encontré en este siglo con autores desconocidos para mí como Sandor Marai, Amos Oz, Orhan Pamuk, Doris Lessing, Irene Némirovsky. en la Maestría tuve oportunidad de leer una amplia variedad de cuentos y novelas –algunos de autores desconocidos por mí.

Seguí insistiendo en mi novela “El tiempo circular”, en III semestre, con el acompañamiento del Profesor Guido Tamayo como tutor pero, en efecto, el tiempo era tan circular, que terminaba estrangulando el relato. Finalmente, a mediados de tercer semestre me fui lejos de Bogotá y en la calma del campo, caí en cuenta que los argumentos muchas veces los tenemos al frente y no los hemos visto. ¡La idea para aprendices como yo no es escribir una *opus magna* como primera novela! Y no era indudablemente mi intención. Yo quería la experiencia de escribir un texto donde pudiera desarrollar un argumento más extenso que el de un cuento.

Al caer en cuenta que los argumentos están en las experiencias tenidas a lo largo de la vida, y por “experiencia”, no me refiero solamente a eventos vividos por la persona, sino a los múltiples conocimientos de historias que encontramos en la casa del vecino, en un avión, en un periódico, revista, película, y que de alguna manera nos han impactado. Son las caras de las vidas de otros a las que nos hemos podido asomar.

Hice una lista de las historias contadas o conocidas de experiencias agradables o traumáticas que le sucedieron a amigas/os, familiares, o personas con un grado de cercanía menor conmigo pero cuya historia yo conocía. Repasé y recordé cada historia mirando el potencial que podía tener para derivar de ahí una novela, tomando el hecho como el núcleo de la narración, o como una historia secundaria.

De ese recorrido surgió la novela “Cuentas pendientes”, que en efecto se origina en una experiencia que aunque parezca inventada, la viví en una ciudad europea en el año 2013. Me senté en el computador y consigné lo que había sucedido en el diálogo que

había tenido con una mujer inglesa, en la sala de fumar de un hotel. En ese momento sentí que había encontrado el camino.

Cuando regresé a Bogotá, muy orgullosa de haber encontrado por fin la “mina de oro”, le entregué al Profesor Tamayo mis avances, mis primeras planas ya escritas con tinta y no con lápiz. Él aprobó el cambio del tema, pero me planteó una serie de preguntas sobre cuál era el esquema de mi proyecto, qué iba a pasar con la protagonista una vez se hubo despedido de la inglesa, cómo iba a construir los personajes, dónde la iba a situar, en qué tiempo. Y allí aprendí mi segunda gran lección: no basta tener el argumento —o creer tenerlo—. Tal vez yo tenía el tema y el capítulo inicial, pero hasta ahí llegaba. El tema no es el argumento, y el argumento es mucho más que un esquema del contenido probable de un número razonable de capítulos, que para mí, en ese momento, eran veinte. Debo decir que en este proceso de dar a luz una novela hay muchas decisiones, imágenes, números, que no sabemos por qué los escogimos. ¿Por qué veinte capítulos? Tomar esas decisiones tan radicales obliga al escritor a pensar más en cómo completar los veinte capítulos, cuando el argumento se expresó en quince, o cómo y qué recortar, si el total de capítulos excedió el número impuesto.

En los “Lineamientos generales para la entrega de trabajos finales” de la Maestría se toman las reglas de la Unesco, de considerar como libro, un texto de 49 páginas, sin contar con el prólogo. Tal vez si hubiera leído esos lineamientos al inicio de los estudios, me hubiera parecido que esa cantidad de páginas eran más bien para un cuento largo. Después de intentar escribir una hoja coherente durante dos semestres y medio, mi angustia era ¿cómo completo 49 páginas con un texto articulado en estilo y contenido? Comencé a escribir por capítulos y a someterlos a la revisión del tutor. Quise ponerle un título a cada capítulo, pero aunque sus contenidos tenían una línea temática principal, algunos tenían temas heterogéneos, y por ello resolví dejar simplemente el número del capítulo. Trabajé en la novela con el profesor Tamayo hasta el IV semestre de 2014, y llegué a completar 50 páginas y un número confuso de capítulos, pues los cambiaba de sitio, los borraba, repetía el número. Creo que escribí unos catorce capítulos, de calidad muy irregular. Unos fueron aprobados, otros fueron considerados irrelevantes para la historia central, y en otros se estimó que el contenido estaba bien, pero la forma de narrar requería mucho refinamiento.

La novela, como ha quedado en su versión final, se divide en dos partes y un final. En la primera la narración se hace en tercera persona, en los capítulos más descriptivos de la cotidianidad de los personajes; la segunda parte está escrita en primera persona,

por Lucía, porque es su recorrido por la locura y la desesperación ante el desplome de sus mundos, cómo los sintió, qué pensó, cómo pudo levantarse y como el ave Fénix, volver a empezar.

Volví a la Maestría el I semestre de 2017 y retomé “Cuentas pendientes”. ¿Por qué el título? Siempre me ha gustado hacer juegos de palabras. La novela se inicia, como ya lo dije, alrededor de las cuentas de un collar que lleva una mujer inglesa y sobre el que una colombiana inicia conversación con ella. Indudablemente es una palabra polisémica que me permitió incluir en el argumento diferentes referencias a “las cuentas” de tipo decorativo, emocional o económico.

¿Qué se cuenta en la novela? El diario vivir de la protagonista, la colombiana de la historia del collar, llamada Lucía Domínguez, de 42 años, casada y consultora especializada en temas económicos. En un espacio de tiempo que dura tres años (no es explícito este número pero hay eventos que permiten calcularlo), la vida cotidiana y rutinaria que Lucía lleva se ve atravesada por una serie de eventos que le alteran totalmente la forma de vida. Su marido, Juan Ricardo Sánchez, aunque evidentemente está presente en la vida de Lucía, es un personaje más secundario sobre quien no se profundiza mucho, aunque sobre ellos dos se incluyen algunas características básicas de personalidad y comportamiento, entornos familiares en los que crecieron, y referencias menores a sus sitios de trabajo.

¿Dónde y en qué tiempo se ubica la novela? La novela se desarrolla en Bogotá, en un presente que muestra estilos de vida del tiempo en el que vivimos, y particularmente en el que viven hoy en día los ejecutivos entre los cuarenta y los cincuenta años de edad.

Cuando se habla de “contexto” no se hace referencia a un hoy —o a un ayer— caracterizándolos con todos los detalles. Las críticas a los escritores, como las que recibió García Márquez por *El general en su laberinto*, son totalmente impertinentes pues la escritura literaria no es una etnografía, ni una historia de una época. El contexto que yo construí recoge el hoy que yo vivo, un hoy continuado en un período de tiempo que pueden ser diez años, del cual ya no participo directamente, es decir, no tengo 42 años, ni oficina de consultoría, ni marido financiero, pero he podido observar las formas de vida de esa generación a través de mis hijos, sus amigos y otras personas de esa franja de edad. Indudablemente hay constantes que se repiten de las últimas décadas del siglo pasado, como el trabajo de la mujer a la par con el hombre, con jornadas, agendas y obligaciones similares. Incluso, el empleo femenino es un hecho que se incrementa cada

día, lo que también aumenta las parejas en la que los dos cónyuges trabajan, con obligaciones económicas de ambos para el sostenimiento del hogar.

Creación y aparición de los personajes: los protagonistas de la novela son Lucía Domínguez como personaje principal y su esposo Juan Ricardo Sánchez. La presencia de la inglesa —Jeanne Leeds— aparece presencialmente en el inicio de la novela y luego se manifiesta a través de los correos de internet que intercambia con Lucía; así sea un personaje “virtual”, su historia, yo diría que es única, es conmovedora y está ligada a la historia de Lucía con diferentes vínculos que inician con su confianza alrededor del collar y continúa presente en la trayectoria que Lucía recorre durante la novela. Hay otro personaje, Miguel Arenas, colombiano, adoptado por una pareja de españoles residentes en Bogotá, quien se casa con la hija de Jeanne. Por “azares” de la vida, termina teniendo un papel muy importante en los negocios de Juan Ricardo. El personaje existe pero no aparece. Su caso es distinto al de Jeanne cuya existencia es real primero y luego sentida a través de la comunicación con Lucía. Pero podemos también hablar no sólo de la existencia de Miguel sino también de su presencia, aunque es un personaje que se nos escapa y los hechos relativos a su condición de adoptado no pueden ser develados nunca.

Los otros personajes tienen una aparición fugaz o son apenas mencionados por los protagonistas. En la oficina tienen compañeros. Lucía se comunica telefónicamente con uno de ellos llamado Javier, y se infiere que en la oficina de Juan Ricardo hay otras personas. Lucía tiene una amiga cercana, Amparo que sólo aparece dos veces en el escenario. Está la familia de Juan Ricardo con especial referencia a su padre, a su madre y una mención a sus dos hermanos. Hay otro personaje, Marina Villegas, una mujer de setenta años, con quien Lucía tiene una conversación en una sala de espera, que para mí es de las más significativas de la novela, y que tiene un impacto muy grande en ella al reafirmarle su amor por la vida, su deseo de vivir.

Así como le di varios significados a la palabra “cuentas” mi idea era utilizar una estrategia como la usada en la película “La torre de Babel”, en donde la vida de los personajes se entrelaza al azar. Los entrelazamientos o encuentros de azar que se dan en esta novela son entre Jeanne y Lucía, entre Lucía y Miguel, entre Juan Ricardo y Miguel y entre Jeanne y Miguel. Los interrogantes que surgen de estas relaciones, se van resolviendo paulatinamente.

La creación de los personajes: tanto los personajes como sus características, fueron saliendo en una primera versión de la novela. Lo primero que escribí fue el nombre de Lucía Domínguez. Tuve problema con el de Juan Ricardo Sánchez y lo cambié varias veces, lo mismo que con el de Miguel Arenas. El de Jeanne Leeds me salió casi automáticamente. En las varias versiones posteriores tuve especial cuidado de corregir los nombres cuando los cambiaba, eliminar comportamientos que no correspondían con los que caracterizaban al personaje en cuestión, y buscar la coherencia en las historias narradas.

Como algo interesante de este proceso de escritura —y lo han afirmado muchos escritores— es que los personajes y los espacios van cobrando vida: me ubiqué sin proponérmelo en el apartamento de Lucía y Juan Ricardo, con sus espacios, sus muebles, sus electrodomésticos; tengo una imagen de los rasgos físicos de cada uno, viví su historia como he vivido historias de amigos/as cercanos, tomé partido emocionalmente por uno de los dos miembros de la pareja y me hubiera gustado abofetear al otro.

Algo que vale la pena compartir se refiere a qué tan autobiográfico es un texto. En “El tiempo circular” era evidente que la protagonista —sin pretenderlo intencionalmente, era la yo que soy hoy, con el físico, la ropa, las actividades. Tal vez por eso en “Cuentas pendientes” escogí una mujer que no se pareciera a mí en nada, ni en edad, ni en actividad, ni en personalidad, en nada. Y creí que lo había logrado. Terminé la novela y la dejé decantar antes de enviársela al tutor. Hice una última lectura antes de enviarla y me aterró la presencia de muchísimos aspectos de mi vida, propios o ajenos, que no serían detectados en su mayoría por las personas que me han conocido, pero que para mí fueron absolutamente evidentes, e incluso algunos de los hechos narrados los identifiqué por primera vez como experimentados por mí.

Como dice Henrik Ibsen en *Fantasmas*: por más que tratemos de liberarnos del peso de nuestros antepasados, nunca podremos hacerlo. Así que podríamos decir que el argumento de un escrito literario, se mueve en dos planos: uno consciente, que es como concebimos y desarrollamos el texto, asignando a los personajes características, eventos, relaciones que hacen parte de nuestra concepción de dicho escrito. Pero también hay un plano inconsciente, en donde en la realidad construida intencionalmente se cuelan otros hechos de la vida que ya no están en la conciencia o nunca estuvieron.

Al terminar este nuevo capítulo de mi vida, además de las lecciones aprendidas ya mencionadas, quiero hacer énfasis en que escribir literatura no es un asunto de inspiración que sugiere el tema y a partir de ahí, la tarea es escribir febrilmente por un tiempo razonablemente corto. Aprendí que se necesita indudablemente la inspiración, pero también el deseo, el tiempo, el manejo del lenguaje, la capacidad de imaginar y la capacidad de recrear. También aprendí que la novela varía de día a día en sus distintos componentes: argumento, personajes, etc. Es móvil, lo que escribí ayer no lo reconozco hoy en su totalidad. Por eso es importante la revisión periódica pero también poner una fecha de terminación, bien sea por voluntad, por presiones editoriales, o por exigencias académicas, o de lo contrario se corre el riesgo de pasar la vida puliendo la novela. Yo hubiera podido seguir trabajando en Cuentas Pendientes, mucho más tiempo, pero cuando sonó el reloj de “entrega”, hice la última revisión y consideré que ya podía enviar un texto coherente en el que había trabajado mucho.

Parafraseando a Irene Némirovski, para escribir una novela de buena calidad, se necesita tener coraje, contar con un objetivo, tener los ánimos y disponer de tiempo. Pero el tiempo siempre se queda corto para cumplir con los objetivos que nos proponemos, aunque tengamos el coraje, el objetivo y los ánimos.

De todas maneras y a manera de cierre, sin mi experiencia como estudiante de la Maestría, con las distintas enseñanzas que recibí de mis profesores y tutores, y el clima de debate con los compañeros en el aula, mis Cuentas con la escritura, se hubieran quedado eternamente Pendientes.

Primera Parte

1. Capítulo I

Lucía Domínguez salió a la terraza del hotel hacia la medianoche a fumarse un cigarrillo. Este ritual lo cumplía siempre, independiente del lugar en que se hallara. En su casa, fumaba en el estudio y dejaba la ventana entreabierta. Cuando se hallaba de viaje, en hoteles o alojada con amigos, salía a la calle. Aunque durante el día fumaba poco, la medianoche marcaba para ella una especie de reloj biológico, una alarma interna que le avisaba que necesitaba una carga de nicotina para poderse sumir en el delicioso mundo de los sueños.

Esta era su última noche en la ciudad de un país europeo en la que terminaba su viaje. Ya tenía listas las maletas, los documentos de viaje a la mano, la cuenta del hotel cancelada, y sobre todo, ya se había ido. Siempre le pasaba lo mismo, el día anterior al regreso de un viaje, amanecía triste, nostálgica, con mucho pesar por dejar el sitio en donde se alojaba. Sin embargo, cuando terminaba de organizar el equipaje sentía que se despedía del lugar y el resto del tiempo faltante para irse se relacionaba con el entorno de una manera completamente despersonalizada.

El hotel contaba con una terraza exterior, ubicada junto a la puerta de entrada, con sillas y ceniceros. Lucía miró a su alrededor y vio la mayoría de las mesas desocupadas. Sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo de la sudadera y lo encendió aspirando lentamente. Al frente suyo estaba una mujer mayor, sola, fumando, que se quedó mirándola y la invitó con la mano y un gesto cordial de cejas y labios a sentarse con ella. Lucía sonrió, se sentó a su lado, y la observó. Era una mujer probablemente en la

década de los sesenta años, de un cabello rubio encanecido, la tez pálida con pequeñas manchas café. Tenía una escarapela en el saco en la que se leía: Jeanne Leeds, United Kingdom, junto al logo de una institución que celebraba un evento en el hotel esos días. En el cuello tenía un collar precolombino con cuentas de colores profundos. Lucía manejaba bien el inglés, la saludó, y se presentó:

–Hola, soy Lucía Domínguez de Colombia, Suramérica.

Jeanne sonrió y le preguntó: –¿Qué la trae por estos lugares?

–Vine con mi esposo a pasar vacaciones. Nos regresamos mañana. Y usted, veo que participa en el Congreso de Psicología que se realiza en este hotel. ¿Es usted psicóloga?

–Psicoterapeuta.

A Lucía se le marcó un interrogante en el rostro que Jeanne supo leer, y riéndose le aclaró:

–Digamos que es casi lo mismo. No todos los psicólogos son psicoterapeutas ni todos los psicoterapeutas son psicólogos.

–Ah, entiendo, respondió Lucía con expresión de duda. No estaba interesada en entrar en terrenos desconocidos para ella, y cambiando de tema le dijo a Jeanne:

–Usted tiene un collar colombiano.

–Sí, veo que los conoce bien, respondió Jeanne con una ironía dulce.

–¿Ha estado usted en Colombia?

– Un par de veces. El collar es un regalo de mi hija que vivió en Bogotá cuatro años. ¿En qué ciudad vive usted?

–También en Bogotá. ¿Cómo le fue a su hija en mi país?

–En el trabajo le fue muy bien, en su vida personal bastante mal.

–Ah, dijo Lucía sin saber si preguntar más o guardar silencio pero la inglesa parecía tener necesidad de hablar y ella no tenía ningún afán de regresar a la habitación en donde su esposo estaba realizando llamadas de negocios.

Jeanne la observó en silencio, prendió otro cigarrillo, y comenzó a hablar. Su única hija había trabajado por varios años con una organización internacional en Londres, y luego había sido transferida a Bogotá con un cargo de mayor nivel. Durante su estadía, conoció a un colombiano que trabajaba en el mismo edificio que ella pero en una oficina financiera. Se encontraban en el ascensor, comenzaron a salir, a hacer planes juntos.

–Mi hija fue siempre muy autónoma, sabe. Le molestaba ser hija única porque sentía que tendría que enfrentar sola la vejez o la enfermedad de sus padres. El traslado

a Colombia fue para ella una oportunidad para fijar distancia geográfica y afectiva con nosotros. La comunicación con su padre y conmigo era muy ocasional. Un día me llamó por teléfono para comentar su intención de casarse con un colombiano e invitarme a ir a Bogotá. Yo viajé sola a conocer al futuro yerno y su familia. Mi esposo hacía tiempo que había levantado una barrera de silencio como respuesta a la frialdad de Alice, nuestra hija. En general, nunca estaba de acuerdo con sus decisiones, le pareció un error que viajara a Colombia, y frente a la noticia de su próximo matrimonio con un suramericano, su único comentario fue “no quiero tener nietos mestizos”.

El último comentario le generó una sensación de malestar a Lucía que enfrió la comunicación y pensó “no parece una familia muy armónica”. Jeanne continuó su relato sin registrar el efecto de sus palabras. Le contó sobre la llegada a Bogotá, el encuentro primero con el yerno y con su hija, una primera impresión de cordialidad distante.

Jeanne encendió un cuarto cigarrillo y prosiguió:

–La sorpresa más grande la tuve cuando conocí a sus padres. Eran españoles, bastante mayores, y el hijo, de aspecto muy suramericano, no se parecía a ellos en nada. Intenté disimular mi confusión, aprovechar la limitación del idioma, tensar los músculos de la cara en una sonrisa congelada. La velada me pareció eterna, no disfruté la comida, y cuando regresé al hotel estaba exhausta. Al día siguiente cuando me encontré con mi hija para almorzar, le pregunté discretamente por la diferencia de edades y fisonomías entre su novio y los padres. Alice no disimuló la molestia que le generaba la pregunta. Con voz de hielo me dijo: Miguel es adoptado, mamá.

Lucía hizo evidente la consulta a su reloj. Era la una y veinte de la madrugada, el taxi los recogería en cuatro horas para llevarlos al aeropuerto. Se puso de pie e inició la despedida. Jeanne se excusó y le dijo que quería contarle rápidamente el final de la historia y pedirle un favor. Lucía asintió con una sonrisa un poco forzada. En síntesis, Alice se había casado con Miguel, volvieron a Londres, tuvieron dos hijas, una rubia de rasgos ingleses y la otra, morena de rasgos latinos. Se divorciaron cuando la pequeña tenía dos años pues Miguel era violento, agresivo, cargaba con un dolor y un rencor que no podía manejar; se había negado a recibir ayuda terapéutica o consejería familiar.

A Jeanne se le había convertido en un asunto de vida o muerte averiguar por el origen de Miguel. Cada vez que conocía a alguna mujer de su edad proveniente de Colombia, se hacía la fantasía que era la madre biológica de Miguel y por lo tanto, la otra abuela de sus nietas. Ella necesitaba saber cómo era la abuela de su nieta morena, anhelaba poderse sentar algún día junto a ella para entender la historia, para compartirla

con la niña. A Miguel nunca pareció interesarle conocer las circunstancias de su adopción y menos de su origen. La relación con sus padres adoptivos tampoco fue muy buena.

Lucía esbozó una sonrisa de despedida, y comenzó con las frases convencionales de despedida, me encantó conocerla, espero que acabe de disfrutar su evento... Jeanne sacó una tarjeta del bolso, se la entregó a Lucía y le dijo:

–Por favor, escríbame, ahí está mi correo. A lo mejor puede ayudarme. Creo que haberla encontrado esta noche en esta terraza no ha sido accidental.

Se despidieron con un estrecho abrazo. Lucía sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas pensando en la abuela que necesitaba encontrar a la contra-abuela. Entendió a la mujer que llevaba años sentada en terrazas al aire libre, no tanto para fumar sino para esperar que el azar le pusiera al frente una colombiana que pudiera ser la abuela de su nieta. Para ello usaba siempre el collar precolombino.

2. Capítulo II

Cuando Lucía abrió la puerta de la habitación, su marido continuaba hablando por celular y su tono sonaba alterado, lo que le pareció extraño; se despidió de su interlocutor de manera abrupta, recomendándole que consiguiera la información solicitada a la mayor brevedad. Lucía lo miró fijamente esperando que le hiciera un mínimo comentario sobre el posible problema que enfrentaba. Juan Ricardo de manera evasiva le dijo:

–Te demoraste mucho abajo, ¿qué te pasó?

Lucía sintió que la poca energía que le había quedado de la extraña charla con la inglesa se le evaporaba al ver la expresión en la cara de su esposo en la que parecía reunirse el peso del problema que enfrentaba en sus negocios y la molestia por la demora de ella.

–Me quedé conversando en la terraza con una señora muy querida.

No hablaron más. Ella se acostó y trató de dormir. Sentía los pasos de su esposo recorrer la habitación, empacar, desempacar. Estaba cada vez más segura que él enfrentaba un serio problema pues conocía sus reacciones y también sabía que no le comentaría nada. Aunque en los primeros años de su matrimonio habían compartido sus mundos laborales y personales, desde que él había ingresado a una oficina de asesoría comercial y financiera que le generaba altos ingresos, se había ido distanciando y silenciando progresivamente. Sus jornadas eran interminables, llegaba a la casa agotado y muchas veces continuaba trabajando en su estudio hasta la madrugada. El mundo de sus negocios era totalmente desconocido para ella. Por el nombre de la Empresa, “Compañía Financiera de la Sabana”, obviamente podía deducir la actividad. Sólo conocía el teléfono y el nombre de la secretaria; por las conversaciones telefónicas, había inferido los nombres de pila de dos o tres de sus socios o compañeros de trabajo. Ni siquiera sabía si era empleado o accionista de la empresa. Las veces que intentó que hablaran del tema, Juan Ricardo se había negado diciéndole que con el fin de conservar la salud mental de los dos, era mejor tener divididos los mundos laborales y familiares.

Ella tenía su propia oficina de consultoría en proyectos económicos que le generaba buenos ingresos. Estaba satisfecha con esta actividad. En la vida privada tenían pocos amigos pues Juan Ricardo era una persona poco sociable y sus excesos de trabajo hacían más difícil el encuentro con personas conocidas, o salidas a disfrutar actividades culturales. Lucía era sociable, disfrutaba la compañía de otras personas, mantenía contacto con sus colegas y se reunía con ellos en restaurantes para almorzar o para comer. Los domingos salían a caminar en la mañana, pedían el almuerzo y mientras ella dormía en la tarde, él continuaba su trabajo. Los dos se habían acostumbrado a convivir desde dos islas existenciales conectadas por un estrecho pasadizo en el que circulaba la información básica de su vida en común. Sin embargo, Lucía sentía que incluso en el silencio, entre ellos seguía presente un vínculo de amor que se manifestaba en una profunda comunicación sexual.

El vuelo de regreso le pareció interminable. Apenas dieron la orden de encender los equipos electrónicos, Juan Ricardo conectó su computador y comenzó a trabajar. Lucía miró algunas veces de reojo, y vio textos de correos, páginas de informes financieros, consultas a diferentes periódicos. Identificó la página de El Tiempo, El Espectador, y de algunos periódicos internacionales. Pensó conectarse a los diarios de Colombia y tratar de encontrar alguna pista, pero sintió que era una intromisión irrespetuosa en el mundo de su esposo. Prefirió concentrarse en la última novela policíaca, su género literario preferido, que había comprado en uno de los aeropuertos por donde habían pasado.

Durante los días siguientes a su regreso a Bogotá, Lucía continuó encontrando evidencias de que en efecto su esposo estaba viviendo una situación de gran tensión relacionada con su trabajo. Llegaba muy tarde de la oficina, no comía y se encerraba en el estudio con un vaso de whisky, que seguramente volvería a llenar varias veces, pues cuando se acostaba, aunque ella estuviera ya medio dormida, podía sentirle el fuerte olor a alcohol en el aliento y en el cuerpo. Dormía mal, se rebullía tanto durante la noche que en varias ocasiones ella pensó irse a dormir al cuarto de huéspedes. No lo hizo porque lo consideró una falta de solidaridad con él en la situación complicada que indudablemente enfrentaba. Sin embargo, los hilos de comunicación que habían logrado mantener en los últimos años de convivencia se iban rompiendo como si unas tijeras invisibles los fueran cortando uno por uno.

Había transcurrido más de una semana desde el regreso del viaje. Juan Ricardo estaba cada día peor, tenía la piel reseca, los ojos hundidos, y había vuelto a fumar.

Manténía largas llamadas hablando en voz baja. Finalmente Lucía decidió abordar el tema una noche:

–Necesito hablar contigo unos minutos.

–No tengo tiempo, busca una oportunidad más adecuada pues tengo que entregar un trabajo mañana temprano, respondió Juan Ricardo.

Haciendo caso omiso de la respuesta de su esposo, Lucía le respondió levantando bastante la voz, lo cual era inusual en ella:

–No resisto más la tensión que vives y que me transmites. Sé que algo grave te está pasando en el trabajo aunque no hables de ello. Conozco lo que piensas de la conveniencia de separar hogar y trabajo, pero estoy seriamente preocupada por ti, por tu salud. Me has excluido de ese campo, y me siento como la esposa de un jeque árabe, tapado de petróleo, que no tiene la más mínima información de los negocios de su marido.

–Mira Lucía, no es el mejor momento para hablar de mi trabajo. No escondo nada, mis actividades son legales. Es verdad que tengo un problemita pasajero que pronto se resolverá. Y te pido que no me interrogues más. Yo cumplo con mis responsabilidades económicas contigo como esposa, y las cumpliría como padre si tuviéramos hijos.

La última parte de la frase le quedó zumbando a Lucía en los oídos. Era muy extraño que mencionara ahora el tema de los hijos. Recordó que si bien en los primeros años de matrimonio habían vivido su sexualidad muy espontáneamente con el acuerdo de que un hijo sería bienvenido, nunca sintieron el deseo apremiante de convertirse en padres. Juan Ricardo venía de una familia fría y muy racional. Eran tres hermanos varones, el padre tenía una próspera empresa de agroquímicos, era autoritario, distante y a la vez, a su manera, tenía un gran sentido de la familia. La madre era una mujercita invisible, menuda, sin voz en ese dominante universo masculino. Juan Ricardo era el menor de los hijos pero fue el primero que se casó, y Elena, la madre, intentó acercarse a Lucía como a la hija que no tuvo. Lucía fijó una distancia cordial; no le gustaba la personalidad de Elena y menos su sumisión al marido, e incluso a los hijos mayores. Tampoco le gustaba la transformación que observaba en Juan Ricardo cuando iban de visita y afloraban unas relaciones de dependencia mutua que la molestaban; era como si él se volviera un niño y su madre lo tratara como tal. Ella había crecido como hija única con la figura de una madre independiente, que asumió sola la crianza de la hija; tuvo en la infancia y adolescencia un contacto muy ocasional con su padre, y después decidió

cortar la comunicación con él pues sentía que era un extraño, con quien no tenía nada que compartir.

Combinó el trabajo con el estudio en la universidad, fue una buena estudiante, y tuvo con su madre una comunicación excelente hasta la muerte de aquella. En su relación de pareja, cada uno fue construyendo su espacio laboral independiente; el tema de los hijos que en los primeros años era objeto de comentarios desagradables en la familia de Juan Ricardo, comparándolo con el aporte de nietos –todos varones– por parte de sus hermanos, se fue extinguiendo, y todos, incluyendo ellos mismos, asumieron con naturalidad su condición de pareja sin hijos después de doce años de matrimonio.

–¿Por qué me miras de esa manera? –, le preguntó Lucía extrañada.

–Te has quedado en silencio, inmóvil, como si te hubieras ido–, le respondió Juan Ricardo.

Lucía apretó los labios y arrugó involuntariamente los ojos como si tratara de adivinar qué había sucedido. No tenía muy claro qué la había sacudido pero reconoció que le había molestado la referencia de Juan Ricardo a los hijos.

–Ah, me elevé. Estaba recordando que mañana tengo una reunión de trabajo y tengo que leer unos informes. El *jet lag* y la adaptación a la altura de Bogotá me han trastocado los días, pero ya me voy ubicando en la realidad de esta ciudad. Lamentablemente tenemos que posponer nuestra charla por impedimentos de los dos, pero espero que podamos hacerla lo más pronto posible.

Se encerró en su estudio. Se sentó en el escritorio, prendió el computador y permaneció allí sentada, inmóvil, aturdida, como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza. Permaneció un rato largo experimentando una mezcla de desazón, de ira y luego la invadió una tristeza profunda. Sabía que no había documentos para revisar, pero quería estar sola. Se levantó, fue al bar, se sirvió un whisky doble, volvió al estudio, cerró la puerta y con gran sorpresa comenzó a sentir el ardor de las lágrimas que le bañaban el rostro.

3. Capítulo III

Al día siguiente continuó sintiendo la misma desazón que le había producido el comentario hiriente de su esposo. Cuando él se levantó, se quedó en la cama con los ojos cerrados. El ritual de desayunar juntos continuaba siendo muy importante para ellos, pero esa mañana Lucía no tenía ganas de verlo, y mucho menos de conversar. Cuando oyó que la puerta de afuera se cerraba, se levantó, se preparó un tazón de café, revisó su agenda del día, y comprobó que tenía la mañana libre. Se llevó el café a su escritorio, prendió el computador y revisó los correos. De repente, se acordó de Jeanne Leeds. ¡La había olvidado por completo! ¿Por qué se acordaba de ella precisamente ahora? ¿Habría una conexión entre esa historia y el malestar que le produjo la mención de los hijos por parte de su esposo? Comenzó a hacer asociaciones entre la imposibilidad de tener hijos y la adopción como una alternativa que ellos jamás contemplaron. No eran muy afortunados los casos de parejas conocidas que habían adoptado niños, ni para los padres ni para los hijos. Recordó la referencia de Jeanne al rencor que experimentaba Miguel contra el mundo, y que ella había oído contar a padres de hijos adoptados. No puede ser una experiencia fácil para ninguno, reflexionó, pero sobretodo, tiene que ser muy doloroso para el niño que descubre en algún momento de la vida que su madre o sus padres lo entregaron de manera definitiva a unas personas desconocidas.

Lucía era una mujer pragmática. Se dio cuenta que estaba armándose una tragedia y su pensamiento racional la trajo de vuelta a la realidad. No lamentaba la ausencia de hijos, y ahora veía igualmente las desventajas de la adopción. Consideró que el impacto que le había causado el comentario de su marido era más una referencia velada a su deseo de tener hijos como tenían sus hermanos. Pensó en su relación con Juan Ricardo que hasta ahora no se había preocupado de calificar de buena, regular o mala, sino que la vivía en el transcurrir cotidiano. Era consciente de las distancias, los silencios, los lenguajes compartidos y no compartidos. Hablaban de temas ajenos a ellos, muy poco sobre el trabajo y menos de su vida interior. Sigue siendo un buen compañero de vida, pensó. Aunque hubiera preferido conocer más sobre sus negocios, sólo ahora sentía esa

necesidad en razón del comportamiento tan extraño de él. Se interpeló: “Bueno Lucía Domínguez, deje de estar perdiendo el tiempo en pendejadas. Haga algo concreto”.

Buscó en el maletín de viaje la tarjeta que Jeanne le había entregado, y le escribió un correo:

Querida Jeanne,

Espero que recuerde a la señora colombiana que compartió con usted cigarrillos e historias una noche en la terraza del hotel Real. No me olvidado de usted ni de su encargo. El regreso siempre implica reordenar los espacios en que nos movemos, física y psíquicamente. Ya siento que aterricé en Bogotá y ahora quisiera pensar en algunas estrategias para ver la factibilidad de acercarme a la historia del padre de sus nietas. Por ello, quisiera preguntarle si tiene alguna información concreta sobre su pasado que me oriente por dónde iniciar una búsqueda de sus orígenes. Aunque no tengo ningún contacto con las adopciones de niños, haré un esfuerzo para adentrarme en ese mundo tan ajeno a mis actividades. Su historia me ha conmovido y de verdad quisiera ayudarle; por ello necesito que me de unos datos básicos de su yerno, como nombre, edad, nombre de sus padres adoptantes y alguna otra información que pueda constituirse en una pista. No es una tarea fácil y tendremos que estar las dos en comunicación y colaboración permanente. Tengo una jornada laboral flexible aunque soy consciente de que estas pesquisas en la mayoría de los casos no conducen a ninguna parte.

Espero que su evento haya terminado de manera satisfactoria. Estoy de acuerdo con usted en el carácter providencial de nuestro encuentro. El azar, o lo que los griegos llamaban destino, existe, y ahora nuestras historias se encuentran misteriosamente encadenadas.

Cordial saludo,

Lucía Domínguez

Pasaron diez días sin recibir noticias de Jeanne. Las cosas en su trabajo funcionaban bien. Juan Ricardo estaba cada día más autista, envejecido, mudo. A su alrededor se respiraba un ambiente de tensión. Ella optó por programar salidas con colegas y amigos, lo cual no era usual en ella, pero el mutismo y la evasión de su marido,

comenzaban a asfixiarla. Se olvidó del tema de los hijos no tenidos y de la historia de Jeanne.

Cuando menos lo esperaba, una mañana al iniciar el día, vio en su pantalla un correo de Jeanne. Se sorprendió de verdad pues en su mente práctica existía lo que tenía realidad en el momento presente.

Querida Lucía,

Le agradezco mucho que recordara nuestro encuentro y que hubiera tenido la gentileza de escribirme. Yo tenía la certeza que usted no se iba a olvidar de mí y que me escribiría, una vez se hubiera organizado después de su viaje.

Me he demorado en escribirle pues he tratado de recopilar la mínima información que pude obtener de mi hija antes de su matrimonio, durante su conflictiva vida marital, y cuando tomó la decisión de divorciarse. Yo le hablé de la personalidad de ella, su dificultad para comunicarse con sus padres, y en general, de hablar de sus cosas personales. Lo que puedo decirle de mi ex yerno es lo siguiente, sin que pueda asegurarle que sea verdadero.

Su nombre es Miguel Arenas Ramos y a la fecha debe tener 38 años. El padre se llamaba José y la madre algo así como Mate o Maite. Hasta hace poco todavía vivían en Bogotá (en la actualidad ignoro si continúan allá o están en otra ciudad o país). Mi contacto con ellos se redujo al encuentro en Bogotá cuando fui a ver a Alice, al día del matrimonio y a una corta estadía que hicieron en Londres antes de que Miguel y Alice se separaran.

El padre adoptivo de Miguel trabajaba como gerente de una compañía española de inversiones en finca raíz y hotelería en Colombia. Su esposa realizaba actividades de voluntariado en organizaciones que recibían subvenciones de empresas españolas para ayudar a comunidades muy pobres. Viajaron a Colombia por razones de trabajo del señor Arenas, les gustó el país, y resolvieron quedarse por un tiempo indefinido. Después de varios años de matrimonio sin haber podido tener hijos, adoptaron un niño colombiano, que es Miguel. Esto es lo que he podido recuperar de lo poco que me contó mi hija. Intenté abordarla sutilmente estos días sin mencionarle lo que le he pedido a usted, pero ella se niega a hablar de nada que tenga que ver con su ex marido. No sé qué utilidad pueda aportarle esto. Por favor, manténgame al corriente de sus gestiones.

Con agradecimiento, Jeanne.

P.S. A propósito de Miguel, hace unos meses mi nieta mayor comentó que su papá estaba en Londres y que había cambiado de empleo por “problemas en la otra oficina”. Lo que sé de su trabajo anterior es que en Bogotá trabajaba con una importante compañía financiera y que fue trasladado a Londres en donde dicha firma tiene (o tenía?) una representación de negocios.

4. Capítulo IV

Lucía imprimió el correo, lo releyó y lo guardó en un cajón del escritorio. Comenzó a tamborilear los dedos contra el computador en el que aún se veía el correo de Jeanne. Encendió un cigarrillo, abrió la ventana que estaba junto al escritorio, acercó el cenicero. Experimentó una mezcla de misterio, aventura y miedo. ¿En qué se estaría metiendo? Le pareció que se despertaba en ella una faceta desconocida. Los misterios le gustaban sólo en las novelas policíacas pero nunca en la vida real, no la atraían, le gustaban los hechos claros, las actividades bien planeadas; no corría riesgos, jamás se hubiera definido como aventurera, y lo que más le preocupaba era experimentar el miedo como una emoción que creía no haber sentido. ¿Por qué volvía a recordar con gran precisión la imagen de la inglesa de piel pálida sin sol, melena canosa, unos ojos de color verde triste, con las cuentas de colores del collar contrastando con su cuello blanco lleno de manchitas café?

–Esta historia no tiene nada que ver conmigo. No tengo hijos, no tendré nietos, nunca adoptaría un niño. ¿Qué se yo cómo se siente una madre con una hija tan extraña como la que pinta Jeanne, con ese enredo del yerno suramericano, adoptado, violento? ¿Se puede querer tanto a una nieta como para llevar al cuello un collar a manera de un imán para encontrar abuelas desconocidas”?

Apagó lentamente la colilla contra el cenicero pero la conservó por un rato entre los dedos. No, definitivamente no le gustaba esta Lucía que estaba apareciendo y que de repente experimentaba una emocionalidad que chocaba con su concepción racional del manejo de los afectos. Comenzó a dar vueltas en la silla giratoria, acelerando como si estuviera en un carrusel de parque de diversiones. Su emocionalidad aumentaba entre más intensa fuera la vuelta, hasta que se sintió mareada, y fue disminuyendo la velocidad rastrillando el pie contra el suelo, y sintiendo que a medida que la silla se iba deteniendo, recuperaba de nuevo su racionalidad.

El ritmo de trabajo en la oficina de Lucía se alteró repentinamente. Estaba llegando un buen número de propuestas y convocatorias, todas urgentes. Pasó varios días

haciendo frente a estas tormentas que eran características de finales de año, cuando todas las entidades necesitaban ejecutar a última hora el presupuesto del año. Le molestaban las presiones, los trabajos de última hora, los horarios alterados de todo el equipo, las mesas llenas de pocillos de tinto a medio consumir. Sin embargo, ese período era la semilla para garantizar una próspera cosecha el año siguiente, y lo asumía. Tenía una gran capacidad de trabajo y mucha experiencia en los temas que manejaban. Una noche, cuando terminó de revisar las propuestas, sintió ganas de fumar. Sacó los cigarrillos y el encendedor, se los echó en el bolsillo de la chaqueta, y les dijo a los compañeros:

– Necesito mi toque de nicotina. Ya regreso.

Era sábado y no había casi nadie en los alrededores. A la entrada del edificio habían colocado unas sillas con ceniceros metálicos. Le gustó la brisa fría de la noche, el tener tanto aire al frente, y le gustó estar sola. Cuando iba a prender el cigarrillo vio nuevamente la cara de Jeanne al despedirse, su ruego, la intensidad de la emoción con que se despidieron. Ahí estaba otra vez el maldito collar precolombino, con la mezcla de piedras de colores, la marca inconfundible de Galerías Cano. –¡Ay carajo, yo que pensaba que tenía bajo control las cuentas en la casa y me aparecen otras cuentas por fuera!

5. Capítulo V

El lunes siguiente, después de haber dormido todo el domingo, se levantó de muy buen humor. La noche anterior Juan Ricardo se acercó con el lenguaje que mejor manejaba. Lucía creyó leer un “te necesito” que la conmovió. Llevaban casi dos semanas con los horarios cruzados y en ese período, él había perdido varios kilos, tenía unas arrugas prematuras, y lo que más la impactaba eran sus ojos apagados, sin brillo. Mientras desayunaban, ella le preguntó cómo seguían las cosas en su oficina. La expresión en su rostro fue suficiente respuesta.

–¿No hay nada en lo que te pueda ayudar? le dijo Lucía cogiéndole la mano.

–De pronto, más adelante. Por ahora me basta con tenerte de vuelta en la casa.

–Y en la cama, completó ella con un tono malicioso que lo hizo reír.

Tenía todo el día para ella y lo iba a dedicar a una actividad que realizaba periódicamente y que disfrutaba mucho: poner orden en todo el apartamento. Puso música y comenzó por arreglar el baño, el dormitorio y la cocina. Se preparó un café bien cargado, y se fue a arreglar su estudio. Había dejado intencionalmente este cuarto para el final, evitando la tentación de mirar en detalle los correos y responderlos. Se acordó de Jeanne y su misión imposible, pero siguió su patrón habitual de terminar las cosas que empezaba, así que limpió el escritorio, archivó documentos, rompió y botó papeles. Se olvidó del café y cuando fue a tomarlo estaba frío. Lo derramó en el lavaplatos, lavó la taza y decidió esperar al almuerzo. Se sentó ante el escritorio, abrió en el computador un archivo que rotuló “Cuentas” y releyó el material que había guardado. No se le ocurría por dónde podría comenzar a indagar por el origen de Miguel Arenas.

De pronto, tomó conciencia de la foto de su madre que estaba en un marco de plata encima del escritorio y se le llenaron los ojos de lágrimas y recuerdos. La foto era una de las últimas que ella se había tomado antes de enfermarse, por lo que era como tenerla al frente para conversar. Tomó la foto entre las manos, la miró detenidamente sintiendo una tristeza inesperada. Pensó: creo que la relación de los hijos con la madre tiene mucho más sentimientos y emociones de los que yo hubiera pensado. Colocó el

portarretratos en su puesto y continuó con el trabajo en el computador, molesta consigo misma por una nueva expresión de emocionalidad.

Miró la hoja en blanco en la pantalla del computador. La tituló “Posibles gestiones”, pero no le fluía ninguna idea. Se levantó, puso un concierto de violín pero el sonido de la música la alteró y lo apagó.

–¿Cómo puedo entender lo que una abuela puede llegar a hacer por su nieta? No puedo entender esa obstinación de Jeanne.

Le habló a su madre: –Oye mami, tú supiste lo que era tener una hija, ¿qué hubieras hecho en la situación de Jeanne? ¿Te hubieras puesto a hurgar en los confines de la tierra para ubicar a la abuela biológica de una nieta creyendo en su derecho a conocer parte de sus raíces? No puedo saber cómo hubiera sido yo con un hijo y menos con un nieto, pero a estas alturas de la vida, ya no me es posible tener esa experiencia.

Escribió en el computador unas primeras ideas: Ubicar a los padres de Miguel, averiguar trámite de adopciones en Colombia, buscar en internet referencias de Miguel en el sector financiero. Entró a Google y escribió el nombre del padre de Miguel que podía estar por el cargo que desempeñaba cuando Jeanne lo conoció. No encontró nada. Llamó a información de la telefónica y la operadora le pidió el segundo apellido, que no lo sabía; sin ese dato era imposible darle el teléfono. Buscó en el directorio telefónico y sólo había una persona con el apellido Arenas: Arenas Romero Eduardo. El resto de las referencias, que no eran muchas, eran de empresas areneras como “Arenas Nemocón”, “Arenas del Sur”.

. Buscó en Google “Trámites de adopción de niños en Colombia”. Encontró una página del 2010 que contenía amplia información al respecto. Transcribió lo que le pareció más útil:

“Colombia se ha convertido en un país atractivo para las parejas de extranjeros que, por diversas razones, deciden adoptar un niño...” Subrayó “atractivo”.

Búsqueda de la Familia de Origen: las personas que deseen conocer su familia biológica u obtener sus documentos de adopción pueden escribir y solicitarlos al siguiente correo electrónico: busedafamiliaorigen@IFCOL

Cerró Google y se quedó pensando: –yo creía que esta tarea iba a ser mucho más fácil pero creo que carezco de los mecanismos, los contactos o la imaginación para avanzar en un tema rodeado de tanto secreto y misterio. El correo de “Búsqueda de familia podría ser” pero tiene que ser la persona adoptada quien lo solicita. Se olvidó de buscar información sobre Miguel en el sector financiero e inició un correo para Jeanne:

Querida Jeanne,

Te cuento que las pocas gestiones que están a mi alcance, no me permiten aproximarme al propósito que me encomendaste. He logrado tener alguna información de tipo general sobre los procedimientos de adopciones en Colombia, y además he encontrado un correo en el que las personas adoptadas pueden escribir para ubicar sus familias de origen. Claro que no podremos recurrir a este servicio pues imagino que lo tiene que hacer el adoptado mismo, y ya sabemos que Miguel no está interesado, pero importante saber que existe esa posibilidad.

He buscado en el directorio telefónico, en internet y en Google, información bajo el nombre del padre de Miguel, y no figura ningún José Arenas. No se me ocurren otras estrategias y por el momento dejaría reposar este tema, pero te aseguro que quedo alerta.

Un abrazo,

Lucía

Lucía leyó varias veces el correo antes de enviarlo. Sintió un vínculo de solidaridad y complicidad que se iba tejiendo entre ella y Jeanne Leeds, a miles de kilómetros de distancia geográfica, cultural, generacional. Continuaban sorprendiéndola las nuevas facetas de personalidad que le surgían, no sólo ese lado emocional que le encharcaba los ojos a menudo contra su voluntad, y que se agudizaba cuando retomaba el tema de Miguel, sino ese nuevo papel que asumía de detective privada, tratando de adentrarse en un laberinto desconocido, persiguiendo una causa que no tenía nada que ver con ella. Apagó el computador y lo desconectó, deseando que al arrancar el enchufe y cerrar la tapa, se produjera un efecto similar en su obsesión por los orígenes de un extraño que sólo compartía con ella la nacionalidad.

6. Capítulo VI

Se acercaba el aniversario de matrimonio. Juan Ricardo invitó a su esposa a salir a comer para celebrarlo. A Lucía la había sorprendido la invitación de Juan Ricardo a celebrar el aniversario de matrimonio. Hacía ya varios años en los que no habían tenido tiempo de celebrar, e incluso, en un par de veces uno de los dos o ambos, se olvidaron de la fecha. Esta invitación le pareció no sólo un bonito detalle sino que le alegró pensar que podían liberarse de tensiones, conversar de temas ajenos al trabajo, compartir un buen vino y una comida exquisita.

Lucía comenzó a arreglarse con anticipación. Escogió un vestido color turquesa que le gustaba mucho a él. Se quedó parada frente al espejo del baño, con el rostro sin maquillaje, mirándose fijamente como si fuera la primera vez que se veía.

–No me conozco, murmuró en voz alta. Veía en el espejo una Lucía de mirada dura, con las comisuras muy marcadas y el rostro afilado, como si también ella hubiera perdido peso. Continúo en ese monólogo de espejos, buscándose las arrugas, las canas, los cambios producidos por el tiempo. Intentó contraponer a esta imagen el recuerdo de su rostro cuando terminó de arreglarse para asistir a su matrimonio, pero no lo logró. En el espejo sólo estaba su cara de hoy, con una expresión de incertidumbre en los ojos. – Son doce años, sólo doce años, dijo en voz baja; luego, subió el tono de la voz y sonriendo afirmó: –y todavía nos queda mucho tiempo–.

En el restaurante, sentados frente a frente, se quedaron observándose el uno al otro.

–Estás más linda esta noche que el día que nos casamos–, le dijo Juan Ricardo, – me has sorprendido con tu nuevo look. Lucía sonrió, le acarició la mejilla, y se quedó en silencio pues no pudo pensar en un cumplido equivalente para el hombre con expresión de cansancio que tenía al frente. No obstante, lo sentía cercano y casi alegre. Brindaron con champaña, disfrutaron la comida recordando diferentes momentos de su relación, el primer encuentro, el noviazgo, el matrimonio, los años juntos. En el momento del café,

Juan Ricardo muy nervioso le cogió una mano, y comenzó a hablar con una voz que parecía salir del fondo de una caverna:

–Hacía rato que no te sentía tan cerca... y no me sentía tan cerca de ti... Es una noche muy especial y por eso quisiera hablarte de un tema muy doloroso para mí.

Lucía experimentó un jalón en la piel de la espalda, como si de repente el esqueleto se le agrandara y los músculos quedaran estrechos. Pasó saliva, tomó un gran sorbo de agua, añoró un cigarrillo. Intentó sonreír pero no lo logró. La mirada de Juan Ricardo era de súplica, de miedo. Ninguno de los dos habló por un espacio de tiempo que para ambos fue larguísimo.

–Te quiero compartir los problemas que he estado enfrentando en la oficina.

Lucía lanzó un suspiro que le pareció el resoplido de un animal inmenso. Le apretó la mano que aún sostenía la suya, y esta vez pudo sonreír con espontaneidad. Juan Ricardo respiró profundamente y prosiguió:

–No te he querido comentar nada, no sólo por la maldita costumbre de mi familia de no hablar de trabajo con la esposa, sino porque la situación ha sido muy grave, lo sigue siendo, y hubiera querido contártelo después de haber encontrado una solución satisfactoria. Sin embargo, las cosas empeoran y no puedo seguir aguantando solo esta tonelada de estrés... Además, necesito tu sangre fría, tu mente racional, y tu amor.

–Con mi amor has contado siempre. Espero conservar la sangre fría y la mente racional después de oírte, le dijo Lucía con una ligera expresión de preocupación.

–La verdad en pocas palabras, es que estoy completamente quebrado.

Juan Ricardo se calló. Parecía que el esfuerzo de comenzar a hablar le hubiera agotado las últimas chispas de energía vital. Lucía lo miró en silencio respetando su ritmo.

–Bueno, hoy no te quiero dar detalles sino soltar la primera bomba. Una buena parte del capital de la empresa y los ahorros de los clientes los fui depositando en diferentes títulos valor en una fiduciaria muy acreditada en el país. Hace unos meses comenzaron a circular rumores sobre operaciones fraudulentas de esta firma, que fueron desmentidos por sus directivos en comunicaciones a sus clientes y en la prensa. El corredor que me asesoró hasta hace unos meses, había estado trabajando en Londres con la representación de la empresa, pero luego nuevamente volvió a Bogotá. Lo conocí como jefe de la Oficina de Riesgos, que con el tiempo se fue convirtiendo en un gran departamento. Debo decirte que este joven era encantador, convincente, y en efecto, muy arriesgado. Con su asesoría, fui trasladando mi portafolio y el de los clientes con las

mayores inversiones, a mercados emergentes, en los cuales obtuve una gran rentabilidad. Esta rentabilidad comenzó a descender a comienzos de este año; yo le propuse que diversificáramos nuevamente, pero no me hizo caso, y yo seguía confiando en él. A estas alturas del partido lo que parece ya una realidad irreversible es que la fiduciaria va a ser intervenida por el Estado en cuestión de días pues, aunque los directivos tienen el respaldo de pesos pesados en el gobierno y pertenecen a élites económicas y sociales, también hay grandes capitales invertidos y son éstos los clientes que han movido las demandas ante los entes de control financiero. En la fiduciaria no hay nadie que dé información. El corredor dejó de responder mis llamadas y los correos me los devuelven. He ido personalmente a las oficinas, me atiende una recepcionista que me informa que las personas encargadas de portafolios están siempre en reunión, anota mi nombre y promete que alguien responsable me llamará, lo que no sucede. Esto me da muy mala espina porque además me dijo que quien fuera mi asesor ya no trabaja con ellos y está fuera del país.

Juan Ricardo había hablado sin parar. De repente se calló, sacudió la cabeza como queriendo alejar esa realidad irreversible como él mismo la había calificado. Llamó al camarero y pidió la cuenta. Lucía entendió su saturación con el tema. En su interior agradeció que hubiera confiado en ella, y se alegró de haber podido mostrar una sangre fría en apariencia pues la noticia la impactó profundamente. Sin embargo, algo de lo que había dicho Juan Ricardo le quedó sonando en la cabeza. Los días siguientes a la comida de aniversario, Juan Ricardo volvió a encerrarse en una concha sellada. Era cariñoso con Lucía, más cariñoso que de costumbre, pero hablaba lo mínimo y de resto se sumía en unos silencios que generaban una atmósfera de hielo a su alrededor. Lucía comprendía su comportamiento. De una parte, sabía el esfuerzo que había tenido que hacer para poder compartir con ella “la punta del iceberg” de su problema económico, y de otra, estaba segura que las dificultades continuaban. Respetó la incomunicación de su esposo y centró sus esfuerzos en el trabajo de su oficina, en leer las noticias relacionadas con SuFiducia, que a esas alturas ya estaba convencida que era la entidad donde Juan Ricardo había perdido su plata y la de sus clientes. Para no pensar en las consecuencias de la quiebra volvió al tema de la búsqueda de los orígenes de Miguel Arenas.

Retomó las notas del caso, y buscó el último correo que le había enviado a Jeanne, del cual no había tenido respuesta. A lo mejor le molestó que yo quisiera dejar quieta la indagación por un tiempo, pensó, pero también deseó que Jeanne no siguiera adelante

con su obsesión, pero ella, sí quería seguir indagando. ¿Por qué? ¿Qué significado podía tener para ella averiguar la historia de abandono de un hijo, en qué circunstancias, quién era la madre, cómo se llamaba, qué hacía? Volvía a aparecer el tema de los hijos de una manera fuertemente emocional, lo cual le generaba una profunda molestia.

En efecto eran muchos los interrogantes, pero reconoció que con la información que contaba era imposible ubicar a la madre biológica de Miguel. Por esos días recibió un correo de Jeanne:

Querida Lucía,

Soy perfectamente consciente que lo que yo le encomendé es una tarea titánica, que requeriría el trabajo de un Poirot el detective de Agatha Christie. Fue quizás ingenuo de mi parte creer que el solo hecho de que usted fuera colombiana, milagrosamente lograra ubicar el origen de Miguel e incluso encontrar a su madre biológica. Pero si he leído sobre casos en que ha sido posible y por eso no abandono mi proyecto. Sé que me ha ayudado con la mejor voluntad y se lo agradezco inmensamente. También siento que usted no lo ha abandonado del todo. Pero si quisiera pedirle que nos mantengamos en contacto pues la relación que estamos tejiendo por esta vía es muy agradable para mí, y espero que para usted también.

Un abrazo,

Jeanne

7. Capítulo VII

La situación económica de Juan Ricardo y Lucía quedó finalmente definida una vez que los entes de control financiero intervinieron SuFiducia y salió a la luz la verdad de los manejos que durante varios años habían hecho sus directivos. Juan Ricardo recibió su estado de cuenta en el que pudo comprobar que tras las pérdidas significativas de capital por la fluctuación de las acciones en los mercados emergentes, su capital restante al igual que el de sus clientes, había sido utilizado sin su autorización en otras operaciones que buscaban cubrir la descapitalización de la empresa.

La información que se había ido filtrando crecientemente y que llevó finalmente a la intervención de la empresa, permitió el acceso de los interventores a los archivos que permitieron conocer el estado de la empresa. El monto de las deudas con los clientes superaba en miles de millones los activos existentes y por ello, la posibilidad de recuperar, así fuera una mínima parte del capital, era prácticamente nula. Al arriesgado joven encargado del portafolio de Juan Ricardo se le había abierto investigación pero desconocían su paradero. Representantes del ente fiscalizador a cargo de la intervención citaron a una reunión a todos sus clientes, en las oficinas de SuFiducia.

Cuando Juan Ricardo recibió la citación, le pidió a Lucía que lo acompañara. En la reunión pudieron verificar los extractos que había recibido de su cuenta no correspondían con los que estaban en los archivos sino que había sido depositados, con su firma falsificada, en un Fondo de nombre desconocido para Juan Ricardo, ubicado en uno de los paraísos fiscales del Caribe. Lo mismo sucedía con los dineros de sus socios. La maraña de las operaciones, la protección que continuaban recibiendo los directivos de SuFiducia, la lentitud de los procesos, la magnitud de los capitales involucrados, dejaban a los damnificados en condiciones de impotencia total.

La reunión se había prolongado varias horas. Cuando retomaron el camino a casa, ninguno de los dos habló; experimentaban una mezcla de agotamiento, desesperanza, sorpresa e incredulidad frente a la total desprotección de ahorradores en una entidad que se consideraba la más sólida dentro del mercado financiero del país. Habían perdido un

capital que ambos habían acumulado en diez años, producto del trabajo de cada uno, y que lo habían considerado un importante bono de seguridad para el futuro de ambos.

Llegaron al apartamento en medio de una lluvia desordenada que golpeaba los vidrios del carro, caía en una mezcla de goterones y de hilos de agua que limitaban en extremo la visibilidad. Se bajaron del carro y caminaron hacia el ascensor. Juan Ricardo tomó a Lucía de la mano. Las dos manos estaban heladas. Permanecieron enlazados en el ascensor y Juan Ricardo la soltó únicamente cuando buscó la llave para abrir la puerta. Entraron, encendieron las luces, se quitaron los abrigos, los zapatos húmedos, se pusieron unas sudaderas y unos suéteres. Salieron de la alcoba y se quedaron parados en la puerta, sin saber hacia dónde caminar, qué hacer. Cada uno caminó hacia su estudio, volvió a salir y comenzaron a deambular por el hall, por la sala, sin rumbo, como si estuvieran en un desierto infinito que no los llevaba a ninguna parte.

Lucía parecía más abrumada que Juan Ricardo. Quizás él había podido irse preparando durante los meses en que se fue evidenciando el descalabro financiero mientras que Lucía apenas se había enterado en la fase final del proceso. Juan Ricardo sin hablar, sacó lentamente una botella de whisky del bar, trajo hielo, soda, dos vasos. Sirvió un trago doble para cada uno, preparó el de Lucía con soda como le gustaba, y el suyo *on the rocks* y se sentó junto a ella.

Lucía comenzó a temblar de frío, se levantó, trajo un chal de lana y unas pantuflas de felpa. No sabía qué decir; se sentía encerrada dentro de una caja de vidrio desde la cual podía ver los objetos a su alrededor, la figura de su esposo, su rostro con una especie de mueca-sonrisa. Quería estirar la mano y volver a sentir la piel de él, pero algo le fallaba, no lograba conectar el pensamiento con el movimiento como si todo el sistema vital hubiera colapsado.

Pasó un largo rato sentada inmóvil, luchando con darle orden a su brazo, a la mano, para que pudieran ejecutar una mínima acción. Finalmente logró coger el vaso de whisky, levantarlo mirando a Juan Ricardo y tomar un pequeño sorbo. Comenzó a mover el cuerpo en la silla, el cuello, las piernas, los pies, como si estuviera despertando de un sueño largo y pesado. Abrió la cartera, sacó un cigarrillo pero al tratar de encenderlo se dio cuenta que las manos le temblaban. Juan Ricardo tomó el encendedor y el cigarrillo, lo encendió, aspiró y dejó salir el humo; luego se lo pasó a Lucía.

El efecto del alcohol le permitió a Lucía ir recuperando el control del cuerpo y de los pensamientos. No podía concentrarse en buscar palabras para el momento; su sentido práctico, su capacidad recursiva se habían fundido. Quería romper el silencio y pensar en

alternativas, pero lo único que tenía claro era que jamás se había enfrentado con un problema semejante.

Se esforzó por dar una mirada retrospectiva a su vida, y no pudo encontrar ningún hecho que se pareciera al actual. Contratiempos habían tenido ella y su madre, pero jamás había experimentado un día como este en el que se le desplomaba toda la estructura hasta entonces construida. La muerte de su madre era la única pérdida vivida, pero no eran comparables los dos hechos.

De repente comenzó a llorar sin tener claro si era la liberación del impacto, el descongelamiento de sus sentimientos. Muy pocas veces lloraba, no por una pretendida fortaleza sino porque simplemente no le salían lágrimas. Se acostumbró a pensar que esa era su “constitución”, y frente a ella no tenía una posición valorativa de “bueno-malo”, “dura-sensible”, sino que la aceptaba como tantos otros rasgos de su personalidad. Juan Ricardo la miraba extrañado. La dejó llorar un rato mientras continuaba tomándose el whisky. Cuando lo terminó quiso levantarse a servir otro y entonces vio a Lucía haciendo tantas cosas a la vez, que le produjo risa: fumaba y alternaba el cigarrillo con el whisky, lloraba, sacaba pañuelitos y se sonaba.

–¿Qué te parece tan gracioso? le preguntó Lucía con la voz entrecortada.

–Disculpa mi amor, pero pareces una acróbata que juega con diez pelotas a la vez, tomas, fumas, lloras, no te alcanzan las dos manos.

Lucía se miró el cuerpo, como buscando algo perdido, colocó el vaso sobre la mesa, apagó el cigarrillo, se limpió las lágrimas con la dos manos.

–Tengo miedo del futuro, Juan Ricardo, tengo mucho miedo.

Juan Ricardo permaneció de pie, con una expresión de sorpresa dentro del silencio que comenzaba a inundar la sala. No le respondió nada a Lucía, la miró con una expresión de impotencia en el rostro diciendo para sus adentros: –“Me parece increíble que Lucía sea la que se quiebre y no yo, pensó. Es curioso pero me siento tranquilo ahora que las cosas se definieron y terminó la espera”.

8. Capítulo VIII

La situación de Juan Ricardo se complicaba cada vez más con las demandas que comenzaron a interponer los ahorradores. Para evitar que el apartamento fuera embargado y rematado, la única solución viable que encontraron fue ponerlo en venta. Esta decisión le generaba a Lucía una mezcla de sentimientos desde solidaridad total hasta una intensa ira con su esposo por actuar a sus espaldas. No obstante, las demandas eran reales y sus consecuencias, así que Lucía da su consentimiento para poner en venta el apartamento, y así se lo manifiesta a su esposo con una sutil agresividad: “en efecto, pongamos en venta el único bien que queda en este matrimonio”.

La relación conyugal continuaba erosionándose, y mientras Lucía comenzaba las gestiones para poner en venta el apartamento, Juan Ricardo se refugiaba en una pasividad total. Lucía se dirigió a las oficinas de SuFiducia, para obtener información sobre el asesor de su esposo y consiguió la siguiente información: Miguel Arenas Ramos, 5 años de trabajo en la firma, director de la Oficina de Riesgos, trasladado a Londres en el año 2010, actualmente desvinculado y en proceso de investigación. Paradero actual: desconocido.

Si bien ella había sospechado que el eficiente asesor de su esposo podía ser Miguel Arenas, solamente ahora pudo confirmarlo. Nuevamente pensó: Si Juan Ricardo me hubiera contado todo desde el comienzo, hubiera podido alertarlo sobre las referencias que tenía de Miguel, que no lo hacían una persona confiable. Recordó lo que Jeanne le contó sobre su rencor contra el mundo, que bien podía haberlo canalizado en sus operaciones financieras sin ninguna consideración con las personas a las que estaba estafando. -Es una persona sin apego y el mundo está en deuda con él por haber sido abandonado por la madre. Debe estar en Inglaterra pero imagino que como tiene información sobre los compañeros y directivos de la empresa, comprometidos en operaciones similares, ninguno de ellos va a dar pistas para su localización-, pensó Lucía.

A los pocos días comenzó a aparecer en los periódicos información detallada sobre la empresa, sus operaciones fuera de la ley, y la lista de los implicados entre los cuales figura repetidamente el nombre de Miguel Arenas.

Lucía compraba los periódicos y hacía un seguimiento de las noticias, con la preocupación de que el nombre de Juan Ricardo apareciera entre los defraudadores, pero tal vez por no ser empleado de SuFiducia, no era mencionado.

Dejó a un lado la prensa y decidió desahogarse con Jeanne, pues no había hablado del asunto con nadie y sentía que la angustia y la preocupación la desbordaban.

Querida Jeanne,

Vuelvo a escribirle con otro tipo de noticias: he tenido que enfrentar una serie de problemas que han surgido en varias dimensiones de mi vida. La empresa de mi esposo quebró, nuestro capital se perdió en operaciones fraudulentas de la empresa financiera a la que mi marido le confió nuestro capital y el de los ahorradores de su empresa. Además de la realidad de las pérdidas, se enfrenta con demandas de sus clientes por haber hecho inversiones sin consultarles. El lindo apartamento que tenemos está en venta para cubrir parte de las ventas. Como podrás imaginarte, mi matrimonio está tambaleando no sólo por el peso agotador de los problemas sino porque he perdido toda la confianza que tuve en Juan Ricardo. Todo esto está teniendo un severo impacto en mi salud física y mental. Tengo problemas de sueño y un agotamiento físico que jamás había experimentado. Le cuento estos problemas no solamente para explicar mi enmudecimiento, sino porque en su condición de terapeuta puede entender los efectos del desplome simultáneo de los mundos económico, emocional, sobre la persona que los experimenta, y me pueda dar alguna orientación sobre qué puedo hacer al respecto.

Por primera vez en mis cuarenta y dos años he entrado al oscuro y desolador mundo del dolor y la enfermedad, así como de la impotencia de no saber a quién consultar pues nunca he estado enferma.

Se preguntará qué esperanzas de recuperación tengo en la actualidad.

1) En cuanto a lo financiero, el dinero literalmente se ha esfumado. No aparecen registros contables con respaldo financiero ni a nombre de la empresa ni de mi esposo. Las oficinas están intervenidas, sus directivos disfrutaban la comodidad de sus lujosas residencias por cárcel, o entran y salen del país sin ningún obstáculo.

2) La relación con mi esposo está como una red que se rompe en distintos sitios debido al hecho de soportar un peso superior a su capacidad. En el momento somos dos soledades compartiendo un apartamento que está en venta y por el que deambulamos como fantasmas sin sentir siquiera la presencia del otro. No sé en este momento si la red se puede remendar.

3) En cuanto a mi salud, cuento con la referencia de algunos profesionales de distintas especialidades, como médico general, internista, psiquiatra, neurólogo o psicólogo. Me es muy difícil decidir, especialmente por mi dificultad de pensar que los sentimientos me dominan y no soy yo quien logro dominarlos racionalmente.

En mis distintas indagaciones en la fiduciaria donde mi marido colocó –y perdió– nuestros ahorros y los de sus clientes, me informaron que el director de la oficina de Riesgos, con la que Juan Ricardo tenía las inversiones, se llamaba Miguel Arenas Ramos, en la actualidad desvinculado de la empresa, con paradero desconocido.

La información sobre la realidad de SuFiducia comienza a aparecer en los medios de comunicación, en especial en los periódicos en donde también han publicado la lista de los implicados en la que figura Miguel Arenas, quien tiene dictada una medida de aseguramiento que puede implicarle un proceso judicial. Me parece que la persona en referencia parece ser el padre de sus nietas, no sólo por los nombres sino por la ocupación en Colombia cuando su hija lo conoció, y el dato que le dio su nieta sobre su cambio de empleo. Lamento no sólo no haberle podido colaborar en la búsqueda de su familia biológica sino además tener que contarle sobre sus operaciones financieras. No obstante, me parece una jugada increíble del destino el cruce y convergencia de nuestros caminos, en el que iniciamos la comunicación alrededor de su ex yerno, y lo único que le puedo comunicar es que pude ubicarlo, pero desafortunadamente como uno de los principales responsables del descalabro económico de muchas personas, entre ellas mi esposo y yo. Se dice que el mundo es un pañuelo. Yo personalmente creo que es una coincidencia, el estar buscando a una persona sin tener más pistas que su nombre y ocupación, y tener de repente información que permitiría ubicarlo y contactarse con él cuando ha salido del país. No veo muy probable su regreso a Colombia.

Espero que este hecho no llegue a conocimiento de sus nietas

Con afecto, Lucía

9. Capítulo IX

Lucía continuó con las actividades relacionadas con la venta del apartamento, que no era nada fácil pues tenía un valor real muy alto, tanto por la ubicación en los sectores más residenciales de la ciudad como por el elevado número de metros cuadrados de construcción y zonas libres, y la calidad de los espacios a los cuales les habían ido incorporando con el paso de los años reformas de muy buen gusto, que encarecían aún más su precio. Lo consignó en varias inmobiliarias que trabajaban con apartamentos de esas características, y también contrató un corredor que le recomendó una amiga como alguien con 100% de éxito en sus negocios de finca raíz.

Seguía trabajando simultáneamente en su oficina, pero aunque sus ingresos eran buenos, el monto de las deudas de Juan Ricardo era diez, veinte veces el valor de sus ingresos. Los ahorros que había hecho sistemáticamente, se los entregó a Juan Ricardo cuando se vinculó con la Compañía, incluyendo un sobrante de la venta del apartamento de su mamá.

Las actividades de Juan Ricardo volvieron a convertirse en un misterio para ella. Salía por la mañana muy temprano quizás para no encontrarse con ella, y regresaba tarde en la noche. En varias ocasiones lo esperó despierta y aprovechó la sorpresa que le produjo encontrarla sentada en la sala leyendo para decirle:

—¿Me puedes decir a qué te dedicas ahora que la empresa quebró? ¿Tienes otro trabajo con el cual podrías colaborar al menos con los gastos del abogado o del corredor del apartamento?

El silencio atontado de Juan Ricardo fue enfureciendo a Lucía, quién siguió interpellándolo con agresividad:

—¿O, haz estado buscando cliente para la venta del apartamento? Bien sabes que el tiempo fijado por el juzgado para la devolución de los dineros es limitado y ya ha transcurrido casi la mitad de él. Yo he sido de una solidaridad que muchos llamarían “pendejidad”. No solamente te confié mi capital disponible cuando me propusiste esa estrategia de ahorro sino que además ahora para salvarte el pellejo, te he entregado lo

último que me quedaba: la mitad de un apartamento que yo conseguí, decoré, cuidé, y del cual me duele mucho desprenderme.

Juan Ricardo la miraba abrumado. Lucía lo miró y comprendió que no era que no quisiera hablar sino que literalmente no podía hablar. Le ofreció un whisky y él, después de carraspear varias veces le pidió más bien un vaso con agua. Finalmente pudo hablar y le dijo:

–He estado buscando alternativas a la venta del apartamento como préstamos hipotecarios, créditos bancarios y figuras similares. He recorrido oficinas de finca raíz, pero, en efecto, el precio del apartamento es exorbitante para las tendencias del mercado de finca raíz. Por las noches me he ido a casa de mi madre porque allá encuentro comprensión y dulzura en lugar de la mirada dura y acusadora que me espera en mi propia casa.

Lucía, como algo inusual, en ella, al ver y oír a Juan Ricardo, experimentó sentimientos encontrados: de una parte, la ira continuaba presente, pero de otra, la imagen de invalidez que presentaba Juan Ricardo la conmovió. Sintió que si se le acercaba y lo abrazaba, podían rehacer la relación de amor que los unió y comenzar casi de cero pero juntos. Decidió que esta era la mejor solución e iba a ponerse de pie para abrazarlo, cuando Juan Ricardo le dijo:

–Lucía, yo quisiera pedirte un favor mientras se vende el apartamento, y podemos buscar con cabeza fría un apartamento sencillo en arriendo mientras nos recuperamos: que durmamos separados. Yo me paso a dormir al estudio para no molestarte y conversemos cuando tengamos noticias sobre el apartamento. Las posibles soluciones que he buscado no han funcionado, así que no tendríamos más tema para hablar”.

Lucía no pudo ocultar su sorpresa. Aspiró profundamente y dejó salir el aire lentamente, con un ligero temblor de cabeza. No obstante, lo que antes había sido un sentimiento de amor compasivo, se convirtió en una rabia dolorosa que la hizo desear que todo se terminara lo más rápido posible. Se levantó, entró a su cuarto y para su sorpresa, tiró la puerta de manera estruendosa.

A los pocos días del último incidente con Juan Ricardo, el comisionista infalible llamó a Lucía para anunciarle que iba con unos clientes muy interesados en la compra del apartamento. En efecto, esa tarde llegó Raúl –el comisionista– con una pareja bastante dispareja: un hombre de unos sesenta años, elegante, muy seguro de sí mismo, que les presentó a su esposa, una mujer de máximo treinta años, ruidosa, que muy

pronto pidió o exigió poder recorrer exhaustivamente el apartamento e iba haciendo comentarios: –Aquí podríamos poner tu estudio, este sería el cuarto para mis obras....

El marido la miraba entre contrariado e incapaz de hacerla callar. Esperó a que ella terminara su recorrido, le dijo a Raúl que en la semana siguiente lo llamaría para hacerle una oferta, se despidió y se retiraron.

Efectivamente a la semana siguiente el señor Mario Monsalve, comprador potencial, llamó a Raúl, hizo una contraoferta muy por debajo del valor comercial del apartamento, y concertaron una cita con Juan Ricardo y Lucía en la oficina del señor Monsalve. Ellos llegaron muy puntuales, se sentaron en una salita de reuniones y estuvieron discutiendo un buen rato sobre el valor del apartamento, las ventajas y desventajas del inmueble, la necesidad de venderlo y los deseos de adquirirlo. Finalmente el señor Monsalve subió su oferta diciendo:

-Esto es lo máximo que puedo ofrecerles y en esto influye que mi mujer quedó fascinada con el apartamento. Además, yo les estoy ofreciendo un pago prácticamente en efectivo”. Lucía y Juan Ricardo se miraron y aceptaron la oferta.

Salieron del edificio caminando en silencio. Tomaron un taxi que estaba dejando a una señora con un niño en el edificio vecino, y Lucía le dio al chofer la dirección de su casa.

Segunda Parte

10. Capítulo X

Hoy quisiera hablar desde la locura, para la locura, por la locura. Este estado interior de desesperación, encierro, impotencia, del que no se habla, que no se menciona, que enmascaramos con maquillajes exteriores e interiores, pues no tiene cabida en la sociedad de la cordura.

Juan Ricardo se fue un jueves tres de abril. Tomó la decisión de manera unilateral de separarse definitivamente apenas firmamos la escritura de venta del apartamento y fijamos dos meses para su entrega, pues los compradores tenían un viaje. Convinimos que nosotros pagaríamos los gastos de administración y de servicios del inmueble. Sí, del in-mueble, no mueble, inamovible, sin movimiento. Qué palabra tan curiosa. Nunca se me había ocurrido desmenuzarla. Lo que me quedaba claro era que estábamos cediendo a otros, a una pareja feliz, la adquisición del apartamento por un valor muy por debajo de su precio comercial. Me despedí de ellos con una sonrisa de yeso, bajé las escaleras sintiendo las piernas ajenas al resto de mi cuerpo, y salimos a buscar un taxi. Eran las cuatro y veinte de la tarde. Llegamos a la casa. Entramos. Le pregunté si quería un café. No, respondió. Entré a la cocina, conecté la cafetera, encendí un cigarrillo. Me quedé allí, apoyada contra la estufa, miré alrededor: a la izquierda, la nevera, la lavadora, la secadora; a la derecha, los muebles de comedor y una vista de los muebles de sala. Los cuadros que hacían juego con el color del cuero del sofá, con el tapizado de los asientos. Juan Ricardo apareció de nuevo en la cocina. Estaba vestido con sudadera. Me sorprendió su atuendo pero más me sorprendieron sus palabras.

–Mira Lucía, no te quise decir nada antes de ir a la notaría para no amargarte el rato...– “Qué considerado”, pensé burlesco.

–La verdad es que me voy hoy para la casa de mi mamá. Voy a preparar una maleta con las cosas básicas, e iré viniendo a llevarme poco a poco el resto. Me parece justo que tú, que pusiste la cuota inicial del apartamento, puedas vivir aquí estos dos meses mientras consigues a dónde mudarte. No sé qué has pensado hacer con los muebles pues a lo mejor son muy grandes para un apartamento pequeño como el que deberías buscar. Los puedes vender, pues son muy finos, aunque de pronto, por ser de segunda mano, te den un mínimo de su valor comercial.

Lo miré fijamente como reparando por primera vez en su inmensa pequeñez. Sí, la cuota inicial la puse yo, los muebles los compré yo pero eran nuestros muebles, como era nuestra la total quiebra que separaba de manera definitiva lo que nunca se ha debido unir. Tenía la garganta húmeda, la boca llena de saliva, los ojos reseco y el esqueleto tieso.

–Tienes toda la razón en dejarme los muebles, las deudas a mi nombre, el desmonte del apartamento, le respondí con una voz de sonidos intermitentes que se iban apagando. Me callé. Era consciente de su cobardía frente a las situaciones cruciales dejándome a mí su manejo, y con una ironía que no me conocía le dije:

–En efecto, Juan Ricardo, somos la pareja perfecta.

–No te entiendo Lucía, en algún momento consideramos la posibilidad de separarnos, al menos temporalmente mientras nos recuperábamos económicamente, y ahora resultas hablando en tono de burla de la pareja perfecta. ¿En qué sentido lo dices?

–La sabiduría popular dice que la pareja perfecta es una unión de males y de bienes. Tienen toda la razón quienes lo afirman. En nuestra pareja yo puse los bienes y tú pusiste los males.

Juan Ricardo hizo un gesto de resignación como quien habla con un borracho o con un loco y dijo –Ay Lucía, no estoy de ánimo para oír tus vainazos–, e hizo un ademán para salir de la cocina. De repente una Lucía desconocida totalmente para mí, saltó de su punto de apoyo, lo agarró del cuello de la sudadera, le dio un rodillazo en la ingle en el mejor estilo de una sucia pelea callejera, y le gritó:

–Grandísimo hijo de puta, ahora no estás de ánimo para escucharme, pues me vas a oír, te voy a decir lo que me he callado todos estos meses. O lo que no quise ver en tantos años juntos. Eres un cobarde, un mamito, pusilánime, traidor. Negociaste a mis espaldas nuestro capital, te metiste en el negocio de tu vida sin contar conmigo, feriate

al peor postor nuestro futuro, y ahora sales corriendo y me dejas a mí sola con todo lo que hay que hacer para entregar el apartamento desocupado dentro de dos meses.

Era tan absurda la escena, tan opuesta a la decencia que siempre mantuve en todas mis relaciones. Era la primera vez en la vida que me soltaba totalmente de todos los controles que había adquirido en la educación que recibí de mi madre. Yo tenía a Juan Ricardo al frente pero no era sólo a él al que quería ofender, era a mi padre, al vecino, al portero, al alcalde, a todos los hombres que fallaban con sus obligaciones. Lo escupí, lo rasguñé en el cuello, llené el espacio de tantas groserías, que era imposible moverse, o al menos eso parecía ser la inmovilidad de Juan Ricardo, su parálisis, el rostro escurrido. Lo solté, pasé saliva varias veces, aspiré el aire en el que todavía revoloteaban mis palabrotas, y con una voz de robot le dije:

–Vas a empacar hasta el último maldito par de medias que tienes en esta casa. No sales de aquí sin haberte llevado hoy mismo todo lo que tenga tu marca, tu firma, tu sello, tu olor-

–Definitivamente estás loca, eres una demente. ¿Cómo pretendes que hoy, a las cinco de la tarde, pueda empacar y llevarme todo lo que yo he traído a esta casa?

–Pues entonces te propongo: vete con la sudadera que llevas puesta, y mañana vienes con un camión de trasteos, a primera hora de la mañana. Si no cumples, cambio las guardas y echo todas tus pertenencias a la basura, o llamo a las hermanitas de los pobres y les regalo tus vestidos italianos, tus zapatos Freeport, tus libros con lomo de cuero que no has leído.

No sé cuál sería la expresión en mi rostro, pero si en algo reflejaba la ira inmensa, y el odio que sentía en ese momento por él, tendría que ser en una cara como la de la medusa.

–Perfecto. Mañana estaré aquí en la mañana. Claro que facilitaría las cosas si me ayudaras a empacar al menos la ropa.

–En esta ocasión, Juan Ricardo Sánchez y Reyes, tendrás que arreglártelas sin mi ayuda–. Recalqué intencionalmente el “y”, aludiendo a las pretensiones de su madre de tener una ascendencia española, sin mestizajes.

Salió de la cocina. Yo volví a buscar apoyo en la estufa. El café estaba listo hacía rato. Desconecté la cafetera, encendí otro cigarrillo y me quedé como una niñita perdida en un gran almacén. Luego oí sus pasos y lo vi pasar frente a la puerta de la cocina con el vestido que había llevado a la notaría. Tenía un maletín en la mano en el que supuse que había guardado la pijama, los objetos de aseo, la camisa de mañana.

Me sacudió el portazo que dejó como despedida. Entonces, como en cualquier drama cinematográfico, me fui escurriendo literalmente hasta el piso, sentí cómo la espalda se raspaba contra la manija de la puerta del horno, y mis caderas rozaban el piso, en cámara lenta. Estiré las piernas, las encogí agarradas con los brazos y las manos, y me quedé ahí un largo rato, con la mente en blanco, con un aturdimiento que me impedía moverme. No sentía nada, sólo el cuerpo helado, la respiración agitada, la boca ahora reseca.

Permanecí en posición de estatua, como en los juegos infantiles, como si un mago perverso me hubiera tocado con su varita mágica y me hubiera inmovilizado por cien años, como a la bella durmiente. No llegó el príncipe feliz. Tuve que darme el beso de amor yo misma para poderme levantar, servir un whisky doble, ir hasta la nevera por hielo, encender otro cigarrillo, y sentarme en mi sillón favorito.

Juan Ricardo vino al día siguiente en la mañana con uno de sus hermanos. Buscaba ayuda no sólo para que le ayudaran a cargar su equipaje sino para defenderlo de mí en caso de que me volviera a salir la bestia. Los saludé desde una lejanía que tal vez sólo yo podía percibir. Me senté en la sala con mis dosis reglamentarias de café y cigarrillo. Transcurrieron unas dos horas en las que sentía el ruido de cajones, unos mini diálogos en voz muy baja, sus pasos por el corredor, de una habitación a otra. Me sentía anestesiada. La noche anterior me había tomado media botella de whisky, y dos pastillas tranquilizantes de las que tomaba Juan Ricardo desde que la quiebra comenzó a ser realidad. No sabía si la ajenidad que experimentaba se debía al guayabo, a las pastillas, o al absurdo viraje que habían tomado nuestras vidas. Cuando estuvieron listos para irse, cargando cada uno dos maletas, ni siquiera me puse en pie. Respondí a su despedida con una pesada inclinación de cabeza y un carraspeo para aclarar mi garganta.

Estuve varios días en una situación similar: tomando café, fumando un número excesivo de cigarrillos, en pijama. Mi oficina y mis proyectos seguían funcionando y eran la única fuente de supervivencia que me quedaba. Llamé al asistente más comprometido y le pedí que se hiciera cargo de todo por una semana.

—¿Le pasa algo grave Lucía, y perdone que me entrometa?— me preguntó después de un corto silencio. —No Javier, nada grave, estoy con las gestiones de venta del apartamento.

Me despedí aclarando que podría llamarme cuando tuviera algo urgente. La segunda noche luego de la partida de Juan Ricardo no pude dormir. Sentía una tormenta interior que no alcanzaba a descifrar con lógica... pero es que esa situación no tenía

ninguna lógica, me repetía. Me sentía como nadando en la cama extra grande que habíamos compartido estos años. El sentimiento que predominaba ya no era la ira ni el duelo, sino una sensación de absurdo, de pesadilla, de imposibilidad de aceptar lo que estaba viviendo.

–Esto es una pesadilla, un mal sueño, una alucinación– me decía. Hacia las tres de la mañana me levanté, hurgué en la mesa de noche de Juan Ricardo y obviamente no encontré los tranquilizantes. De hecho, los cajones estaban totalmente vacíos, lo mismo que sus cajones en el baño. No quise abrir el closet para no tener una evidencia más de su ausencia. Volví a la sala y me repleté de whisky, me senté en el suelo, seguí fumando, y rebobinando la imagen del anuncio de su partida... –La verdad es que me voy para la casa de mi mamá... La verdad es que me voy para la casa de mi mamá... La verdad es que me voy para la casa de mi mamá...

Y yo, no tengo ni mamá ni casa materna ni paterna en donde me acojan y me recojan. Lo que para mí había sido la autonomía de no tener parentela a la que rendirle cuentas, se convirtió en este momento en la realidad de una soledad absoluta.

11. Capítulo XI

Me desperté a las cinco de la mañana, encogida sobre el tapete, con un cenicero muy cerca de mi cuerpo y la larga ceniza de un cigarrillo que debió arder solo. Pensé vagamente en el riesgo de producir un incendio, y luego me gustó la idea, y me surgió la imagen del apartamento en llamas, yo en el centro quemándome como una fotografía que se entorcha, se ennegrecen los bordes, avanza el fuego hasta quedar en un montoncito negro que se dispersa con un soplo mínimo de viento o de aliento.

Los días siguientes fueron muy similares. Llamé a la droguería del barrio y pedí que me mandaran un remedio efectivo para el sueño. No pedí tranquilizantes pues sabía que eran “droga de control”. No sólo no tenía fórmula médica sino que no necesitaba control; necesitaba olvido, volver al comienzo de mi matrimonio, al período cuando compramos este apartamento y lo fuimos llenando poco a poco con objetos escogidos por nosotros, colocados en sitios decididos por nosotros.

Comencé a sentir la ausencia de Juan Ricardo, encontré su presencia en infinidad de gestos cotidianos que se habían automatizado: ponerle la crema dental en su cepillo, alcanzarle la toalla y secarle la espalda, preparar el café, poner dos puestos en la mesa, su mermelada sin azúcar. Así se deben sentir las viudas... reviviendo al amado en cada paso, en cada instante, sin la menor posibilidad de volverlo a ver. El fuego, el apartamento quemándose, las viudas arrojándose o siendo arrojadas a la pira funeraria de sus esposos en la India. El teléfono no sonó. Javier no me necesitó. En el celular recibí dos llamadas de mi única amiga, pero no respondí. Lo puse en “silencio”.

El domingo decidí que volvería a la oficina al día siguiente. Me bañé impactada por el hueco que dejaba en la pared la bata de Juan Ricardo. Organicé el apartamento, recogí colillas regadas por todas las habitaciones, el baño, la cocina. Abrí las ventanas de par en par, recogí la basura, la bajé al sótano. Pedí una pizza para el almuerzo y en la tarde comencé a buscar apartamentos por internet; comencé por los de una habitación creyendo que serían los de menor costo, pero me equivoqué, eran carísimos en comparación con los de dos e incluso tres habitaciones. Escogí una zona cercana a la

oficina. Concerté citas para visitar al día siguiente unos apartamentos de dos habitaciones. Luego metí mi ropa a la lavadora. Encontré una pijama de Juan Ricardo en la secadora. No pude explicarme qué hacía allí. La señora encargada de hacer el aseo en el apartamento iba cada quince días. ¿Qué hacer con la pijama? La saqué, la observé, intenté olerla. Oía a Ariel líquido, no a Juan Ricardo sólido, me hice yo misma el chiste. ¿Sólido? Tal vez sí, tal vez se cambiaron los papeles y yo que era siempre la sólida, me había desmoronado mientras que él salió entero, escoltado, acompañado. Boté la pijama en la caneca de artículos reciclables.

El insomnio se instaló como un huésped indeseable. Me resistí a continuar dependiendo del whisky que me hacía efecto por unas pocas horas y al día siguiente me recordaba su presencia en el organismo con un dolor de cabeza que no pasaba con ningún analgésico. Me reuní con Amparo, la amiga que hice desde el colegio. Nos encontramos en una cafetería de barrio cerca de la oficina. Me iba a servir de co-deudora del alquiler de mi “nueva morada”... Me sonaba ridículo hablar de algo nuevo en mi vida, pues para mí este adjetivo siempre significó renovación y la situación que estaba viviendo era todo menos renovadora. Amparo se quedó inmóvil cuando me vio y no alcanzó a disimular su sorpresa. Sé que estaba avejentada, marchita, había perdido cinco kilos, tenía unos ribetes negros alrededor de los ojos y me movía lentamente como si tuviera un bloque de cemento encima de la cabeza.

–Lucía querida mía, dijo Amparo en voz muy baja. Me abrazó, me estrechó y yo misma sentí el saco de huesos que ella debía percibir en la cercanía de los cuerpos. Me quedé abrazada a ella por un tiempo largo. Nunca me han gustado los abrazos, las cercanías de los cuerpos pero ahora era distinto. Yo no era más esa Lucía en comando de mi nave existencial; era náufraga de un barco que se había hundido sin previo aviso.

12. Capítulo XII

Mi desplome físico y psicológico continuó avanzando aceleradamente. El insomnio que me había aquejado ocasionalmente, se convirtió en un fenómeno de todas las noches. Terminaba el día tan cansada del esfuerzo de trabajar en la oficina que solo esperaba el momento de llegar al apartamento y dormir. Sin embargo, no importaba la hora en que me acostara, si era temprano, si era tarde, no lograba dormir sino unos ratos espaciados en el tiempo. Lograba dormir dos, máximo tres horas. El whisky no me hacía efecto y al día siguiente amanecía absolutamente agotada, no sólo por la falta de sueño sino por todos los pensamientos que se me cruzaban mientras estaba despierta. El insomnio lo vivía, lo sentía como un tiempo que se extendía indefinidamente... que adicionaba más cansancio al que ya traía acumulado.

Necesitaba dormir no solamente como reposición de fuerzas físicas sino como un poder silenciador del dolor que afloraba en forma de imágenes y de palabras. Intenté comer algo caliente hacia la media noche pues había leído que la alimentación deficiente era causa del insomnio, pero no podía pasar la comida, me sentía como una anoréxica. Encendía la luz, trataba de leer una novela que tenía en la mesa de noche, y no podía pasar de una página. Apagaba la luz, acomodaba el cuerpo en posición fetal para auto acogerme, para sentir calor, y no lo lograba. Me colocaba en posición de relajación y era tal la tensión interna que sentía, que el cuerpo se me encogía dolorosamente y no resistía el roce de la piel con las sábanas. Veía pasar las horas como una rueda con dientes que iba destrozando todo a su paso.

Los efectos del insomnio eran físicos y psíquicos, y se agudizaban cada día más. Así como en un momento buscaba la noche para descansar, ahora comencé a temerle a la noche. Un día después de una noche prácticamente en blanco, llamé a la oficina y me excusé de asistir por estar enferma. Tomé leche caliente de desayuno y me acosté con la esperanza que el día tuviera un efecto contrario a la noche y me permitiera dormir. Inicialmente logré conciliar el sueño por una media hora. Me desperté luego y por más que busqué todas las estrategias posibles, no pude dormir.

Consulté a dos médicos, uno general y un psiquiatra. El primero me examinó y no encontró nada que pudiera verse a simple vista; para él, mi malestar se debía a una vida sedentaria, una ausencia de deporte sistemático; me recomendó hacer ejercicio, irme caminando de la casa a la oficina, no usar el ascensor. Estaba tan convencido del poder del cuerpo sobre la mente, que no le insistí, me despedí y salí aceleradamente. Fui luego donde un psiquiatra quien por el contrario, convirtió todo síntoma de malestar corporal en una expresión de una problemática psíquica. Me cobró una suma exorbitante por la consulta, y me dio la fórmula de unos medicamentos cuyo valor emulaba el valor de la consulta. Pensé que tal vez si ese servicio médico era de primera calidad por el costo, debería surtir efecto; esa noche no solamente volví a dormir a retazos como en las anteriores, sino que al día siguiente estaba completamente anestesiada. Concluí que ninguna de las fórmulas era adecuada, ni batir el record de kilómetros a pie, ni sentirse como retrasada mental con los medicamentos.

Estaba muy preocupada, pues cada día me agotaba más. Comencé a investigar sobre el insomnio, la razón de ser, las causas asociadas, las posibles soluciones. Encontré una literatura bastante repetitiva, que parecía más bien un libro de auto ayuda, con recomendaciones nada agradables como no leer ni ver televisión en la cama, que me parecieron imposibles de adoptar pues para muchos, incluida yo, estos son un hábito de toda la vida que no se desmonta de un momento a otro. Sin embargo hallé un artículo muy serio en el que se señalaba al insomnio asociado a la depresión, como reacción integrada de cuerpo y alma.

Además de esta situación creciente de enfermedad, y aunque me doliera el comportamiento de Juan Ricardo, lo seguía queriendo, lo añoraba, no podía oír el timbre sin pensar que fuera él. Si bien el final de la relación había sido violento y lleno de ira, de parte y parte, yo sentía que mi reacción había sido excesivamente agresiva cuando nunca antes me había permitido la más mínima explosión de rabia, mientras que Juan Ricardo sí las tenía periódicamente. Me molestaban pero luego todo volvía a la normalidad.

Había buscado explicaciones de las explosiones de Juan Ricardo en su familia: era un ambiente seco, duro, no sólo sin expresiones de afecto sino con censura cuando estas se daban entre Juan Ricardo y la mamá, o entre alguno de los nietos con la abuela. La crítica o la burla la hacían sin ninguna discreción frente a todos los presentes; era siempre una situación que se presentaba en todas las ocasiones en que se reunían y por eso para mí una visita a esa casa era un verdadero sacrificio.

Ahora, hacía un recorrido del Juan Ricardo a quien conocí, con quién conviví y de quién me separé, y me di cuenta que inicialmente tenía reacciones bruscas frente a cosas nimias. Con el tiempo se fue suavizando en la medida en que fuimos constituyendo pareja, y tal vez mi comportamiento tranquilo, ecuánime y mi firme postura de no aceptar ni manejar expresiones de burla, agresividad, devaluación a una persona, pudieron influir sobre él. Me molestaba el humor negro e incluso la crueldad que manejaban mis cuñados entre ellos y me dolía mucho que a Juan Ricardo lo matonearan sin ningún reparo.

Ahora entendía porque cuando estábamos recién casados, Juan Ricardo se había alejado de la casa paterna, y sólo iba a las reuniones obligatorias. Entendía que aunque mi familia éramos sólo mi mamá y yo, él siempre señalaba que le encantaba el calor que allí se respiraba. Sin embargo, en las últimas fases de nuestro matrimonio, pidió apoyo de sus hermanos, y los rasgos que tanto rechazaba de ellos, fueron apareciendo poco a poco. Pensaba en esto y me horrorizaba cómo pueden cambiar las personas, incluso a nivel físico, en situaciones de crisis.

El padre de Juan Ricardo no contaba con su esposa para nada y cuando ella hablaba, se burlaba de lo que decía. El lema del padre era “los asuntos de hombres no se les cuentan a las mujeres”. Ahora entendía por qué Juan Ricardo no me contó nada de sus negocios. Pero no sólo intervenía ese factor, sino que proyectaba en mí el miedo que siempre le tuvo al padre. Estaba segura que si me hubiera consultado el proyecto de la inversión financiera, yo hubiera podido señalarle que lo que le estaban ofreciendo era una gran estafa. No obstante, ahora podía entender la influencia soterrada del padre sobre Juan Ricardo.

Mi suegro nunca me quiso. Me comparaba de frente con sus otras dos nueras que se habían dedicado al hogar, a criar hijos y a obedecer ciegamente a sus maridos. En las pocas visitas en que nos reuníamos en la casa de los padres de Juan Ricardo, me saludaba diciendo: “¿Cómo está la mujer liberada de la familia?”. Yo le respondía con una sonrisa casual: “Muy bien Arturo, y ¿cómo está el patriarca de la familia Sánchez?”. “Ejerciendo mis funciones como jefe de este rebaño, Lucía, ejerciendo mis funciones a cabalidad”. Durante el tiempo de la visita, el patriarca no cesaba de reafirmar sus funciones ni de hacer comentarios de mal gusto contra las mujeres como yo. Al despedirse me decía: “Y vengan con más frecuencia que en esta casa toleramos a las mujeres libertarias”, haciendo énfasis en la palabra “libertarias”.

13. Capítulo XIII

Continúe buscando referencias de un médico que pudiera tratar mi problema de insomnio y la situación de un cansancio creciente que ya no podía soportar. Mi amiga del colegio me recomendó a una psicoterapeuta, conocida de ella y de quien tenía las mejores referencias y me consiguió una cita.

Llegué a la primera consulta muy tensa, muy prevenida y de alguna manera asustada sin saber qué me esperaba. Entré a un consultorio con un ambiente muy agradable y me recibió una mujer madura, con una sonrisa acogedora. Nos sentamos en unos sillones frente a frente, y Margarita, la terapeuta, me preguntó si había visitado con anterioridad algún profesional de la salud mental y cuál era el motivo de consulta. Recordé con desagrado la experiencia de la visita al psiquiatra para quien todo trastorno físico o mental se originaba en la psique. Le respondí que había tenido una consulta con un psiquiatra pero que la comunicación no había sido buena. Le comenté que para mí el campo de la salud mental, y su opuesto, el trastorno psíquico, habían sido áreas absolutamente desconocidas en mi vida hasta que había tenido que enfrentar la quiebra económica y la separación de mi marido.

La comunicación entre las dos se dio fácilmente. Margarita me hizo unas preguntas básicas sobre edad, ocupación, enfermedades de niña y de adulta. Al llegar al tema del insomnio profundizó mucho más la indagación. Cómo y cuándo había comenzado, qué medicamentos me habían formulado, qué reacciones me habían producido. Luego pasó al aspecto psicológico: mi estado de ánimo, cómo había sido el impacto de la separación y cómo me estaba adaptando a las distintas pérdidas: la del esposo y la de la confianza total que tenía en él, la del apartamento, la de un estilo de vida que mantuve por muchos años. Yo insistía en que siempre había sido muy fuerte, muy racional, y no me explicaba por qué había sido tan extrema la reacción frente a la quiebra primero y a la separación después. Sentía que me había convertido en el tipo de mujeres que siempre había rechazado: frágiles, debiluchas, enfermizas, como la mamá de Juan Ricardo.

Margarita me escuchaba en silencio. La expresión de su rostro y la paz que emanaba, me fueron tranquilizando; sin embargo cuando volvió sobre el tema de la separación y lo que consideraba la traición a mi confianza, no pude resistir y comencé a llorar primero suavemente y luego en sollozos fuertes que me sacudían el cuerpo.

Me fui calmando poco a poco. Eran las seis de la tarde y el consultorio se fue oscureciendo. No obstante, Margarita no se movió, no hizo ningún intento de encender una luz. Las cortinas estaban abiertas y entraba una agradable luz de penumbra.

Margarita me dijo:

- Tenemos dos aspectos que trabajar, uno, el orgánico. Haz perdido mucho peso, haz estado sujeta a mucha presión lo cual afecta el organismo de diferentes maneras. Te voy a pedir una serie de exámenes de laboratorio para que podamos descartar desarreglos que se identifiquen con los exámenes. El tratamiento del insomnio es mucho más complejo. Creo que las causas son psíquicas aunque factores como la pérdida de peso pueden incidir, o pueden afectarse mutuamente. No me atrevo a diagnosticar todavía; de hecho, le temo a los diagnósticos que rotulan al paciente e impiden ver otros aspectos que escapan al diagnóstico. Lo que si te puedo decir es que lejos de ser una mujer debilucha, eres muy fuerte. Haz enfrentado una serie de duelos simultáneos en aspectos muy vitales de tu vida, y aunque tu mente se resista a aceptar que se te quebró la fortaleza, no puedes calificar esa situación de debilidad. Me parece que éste es un aspecto que tendremos que trabajar en profundidad. Por ahora, te voy a dar la orden para los exámenes, y si estás de acuerdo en que trabajemos juntas y si te conviene el horario y los honorarios, podemos dejar esta hora para vernos semanalmente.

Lucía aceptó la conveniencia del horario y la intención de trabajar con ella, pero le planteó el tema de los honorarios, logrando una rebaja que la dejó muy satisfecha.

14. Capítulo XIV

Compartí la sala de espera en el laboratorio con una mujer bastante mayor. Las dos teníamos que esperar dos horas para la toma de una segunda muestra. Había comprendido levemente la necesidad de este procedimiento. No obstante, estar obligada a una espera de dos horas, completamente en ayunas, con instrucciones de permanecer sentada, lo más inmóvil posible, sin fumar, viendo las señoras en un uniforme azul con las bandejas de tinto para los médicos, me generó una especie de alucinación en la que el olor a café me trasportaba incomprensiblemente a un prado de la sabana, lleno de sol y de pasto, en el que yo estaba sentada en la hierba, rodeada de amigos, con un mantel colocado en el suelo y encima había termos, pocillos y una bandeja de pan. Era un “Desayuno en la hierba” en el que participaba sintiendo que era yo la que estaba allí sentada, y que mi cuerpo se había quedado como una envoltura vacía, helada, adormilada. Me sacudí tratando de alejar la visión.

Saqué de la cartera el libro que estaba leyendo e intenté recordar no sólo en qué página iba –no tenía marcador de página– sino el argumento de las páginas ya leídas. Releí las primeras páginas sin registrar su contenido y decidí cerrar el libro. Junto a mí estaba una mujer bastante mayor, le calculé unos setenta años. Me sonrió con una expresión cómplice y me dijo:

–Es imposible concentrarse con el estómago vacío. Imagino que usted hace parte de los hiperglucosos que tenemos que aguantar muestras pre y post.

Me reí de la gracia con que se expresaba. Era una mujer menuda, con el cabello corto y grisáceo. Vestía de manera informal y me llamaron la atención sus manos, muy cuidadas, sin manchas, con las uñas rojas, que contrastaban con el azul profundo de la piedra de su anillo. La miré detalladamente mientras le devolvía la sonrisa, y encontré el mismo lapislázuli en los aretes y en un medallón en el cuello. Sus manos y sus joyas contrastaban de alguna manera con la sencillez de su atuendo: jeans, un suéter sencillo, un chaleco de pana, mocasines. Me intrigó, me pareció una mujer de contrastes. Estuvimos hablando durante toda la espera. Me contó que se había enfermado de

repente, había tenido un desmayo y a partir de ahí, parecía como si toda la maquinaria del cuerpo –y de la mente– añadió, se le hubiera dañado. Llevaba cuatro meses de exámenes, diagnósticos contradictorios, medicamentos que le incrementaban los síntomas, cambios en los mismos.

–¿Y usted no tiene su propio diagnóstico?, le pregunté.

–Claro que lo tengo: agotamiento vital, existencial. Pero como eso no alcanza a justificar los honorarios de los médicos ni sus compromisos con los laboratorios, siguen empeñados en seguir hurgando a ver si encuentran un cáncer, una enfermedad huérfana, autoinmune, o una ni siquiera registrada. Sonrió resignada, luego se le iluminaron los ojos y con una expresión de picardía me dijo: (espacio)

–Ah, ya sé, el virus del Ébola, debo haber contraído en el Transmilenio.

Las dos nos reímos de su ocurrencia. Era inevitable que me preguntara por qué estaba yo en esa sala de espera, o en esa “antesala de la muerte”, pronunció nuevamente con una sonrisa. Le comenté a grandes rasgos mi cuadro, el desmoronamiento de mi mundo, y la respuesta del organismo a tanta tensión. Se quedó quieta, como si registrara mi respuesta lentamente, como si se diera una disminución en su fuente de energía como sucede a veces en internet, y las letras comienzan a aparecer lentamente en la pantalla.

Experimenté un acercamiento muy especial con ella, el tipo de complicidad que se establece con las personas que tenemos la certeza de no volver a ver nunca, como los compañeros de asiento en los aviones. Recordé la pregunta que nunca me atreví a formularle a mi mamá:

–¿No tiene miedo de morir?

De inmediato me respondió como si fuera una respuesta que hubiera clarificado hacía mucho tiempo:

–No, por el contrario, tengo miedo de vivir.

–¿Cómo así? ¿Por qué? Fueron las únicas exclamaciones que pude musitar.

–Hace rato que estoy cansada de la vida. ¿Usted cuántos años tiene?

–Cuarenta y dos.

–Bueno, yo podría ser su madre. Tengo setenta y cuatro. Hace ya varios años, unos diez quizás, que me fui dando cuenta que todos los días eran iguales. Es un efecto similar al del personaje de la película “El día de la marmota”, o a los lunes que se repetían todas las semanas en la locura de José Arcadio Buendía. No sé si fui muy rápido en la vida y descubrí todo en corto tiempo, o si la vida es tan limitada que en

cuarenta o cincuenta años la recorreremos toda. Es como el trayecto que hacen los turistas en una ciudad como Bogotá: Monserrate, el Museo del Oro, la Plaza de Bolívar, la Candelaria, y ya se acabó lo interesante de Bogotá y queda lo peligroso. Yo he hecho el recorrido de turista por la vida miles de veces y no lo quiero seguir repitiendo.

– Pero ¿no tiene usted familia...?

–Tengo una familia muy especial. Estoy felizmente casada con un hombre encantador, tengo tres hijos dulces, inteligentes y organizados con sus propias familias. Me gustan mi yerno y mis nueras, tengo cinco nietos, dos hermanos, varios sobrinos y otros tantos sobrinos nietos. Yo soy lo que se podría decir el tronco de mi familia. Mi casa es el sitio de reuniones especiales, me visitan a menudo, me llaman por teléfono, pero, ¿sabe?, siento que no tengo derecho a morir porque les dolería muchísimo mi muerte, en especial a los de mi familia inmediata. Si no fuera así, hubiera comprado el pasaje de ida hace muchos años.

Cada palabra que iba añadiendo me iba generando más y más sorpresa. Nunca le había escuchado a nadie decir que vivía sólo para no dejar un vacío muy grande a su alrededor. Pensé en mí y me pareció tan paradójico que ella, que parecía tenerlo todo, no tuviera ningún apego por la vida y yo, que le había perdido todo, que no tenía hermanos, ni tíos, ni hijos, que ahora ya no tenía marido, quisiera con todas las fuerzas que me quedaban, seguir viviendo. Imagino que mi mirada reflejó la sorpresa que me producían sus palabras, la incapacidad de comprender la verdad que compartía conmigo. No había duda, estaba compartiendo con la desconocida una ruta que no volveríamos a repetir juntas, una verdad que muy probablemente no le había mencionado nunca a su familia.

En ese momento la llamaron: “Marina Villegas”. Me tomó la mano con dulzura y me dijo:

–Queridita, disfrute los años que le quedan.

15. Capítulo XV

El resultado de mis exámenes fue satisfactorio. Continué con la terapia, profundizando en los aspectos que Margarita iba señalando a medida que avanzaba el proceso, junto con los descubrimientos que yo hacía sobre mí misma. Fui haciendo un recorrido de mi vida, los recuerdos de la niñez, la influencia que había tenido la personalidad de mi madre que combinaba la fortaleza con la dulzura, y cómo yo había desarrollado la fortaleza pero había reprimido la dulzura por asociarla con debilidad.

¿De dónde obtuve esa asociación? Indudablemente que no parecía ser de mi madre. Tampoco de sus profesoras y compañeras de colegio, y cuando entré a la universidad ya tenía muy claro que me ubicaba en el polo de la fortaleza, y que mantenía una fuerte oposición con lo que consideraba “debilidad” El otro aspecto que trabajamos, entre muchos, fue mi escogencia de un hombre cuya madre era la antítesis de lo que yo era y pude establecer polaridades entre las figuras de mi madre y de mi suegra. Mi madre fue autónoma, vivió sin marido, trabajó para nuestro sostenimiento. Mi suegra era todo lo contrario.

La selección de un hombre débil, dependiente de la madre, era lo opuesto de lo que era yo, y había sido una elección inconsciente de alguien más débil que no me amenazara el excesivo sentido de fortaleza.

El otro aspecto relevante que trabajé fue el de los hijos. Puedo ver ahora que aunque sí me hubiera gustado tener hijos, había percibido la maternidad como una amenaza a la autonomía y por tanto me había privado de tenerlos. El contacto con la adopción y los niños abandonados me había tocado mucho más profundo de lo que había podido imaginar, pero en ese momento no podía ser consciente pues desconocía cómo funcionaba mi psique.

Llevo dos años en el proceso de terapia. Los contratos en mi oficina fueron incrementándose paulatinamente y he tenido un incremento importante en mis ingresos. Conservé el sencillo apartamento cerca de la oficina y lo he ido amoblando y decorando.

Una tarde soleada en que salí caminando de la oficina, deleitándome con el paisaje, sin prisa, de repente me vi de manos a boca con Juan Ricardo. El impacto del encuentro me hizo trastabillar y casi me caigo. Juan Ricardo me sostuvo y en un momento estuvimos muy cerca el uno del otro, casi abrazados. Yo me solté abruptamente pero cada uno saludó al otro con la sorpresa evidente de un encuentro tan inesperado. Él fue el primero en hablar. Yo había quedado muda por el encuentro y por la emoción que éste me produjo. –Lucía, qué gusto verte y de manera tan inesperada. Ni que nos hubiéramos puesto una cita–. Tenía una apariencia mucho mejor que la última vez que lo vi. Había ganado peso, ya no tenía la piel reseca ni los ojos apagados. Tenía un traje que le iba muy bien con la estructura del cuerpo y el color de la piel. Emanaba un aire apacible y aunque evidentemente los años habían pasado, se asemejaba al recuerdo que tenía del Juan Ricardo que conocí quince años antes.

–¿Qué haces por aquí?– preguntó, –¿estás cerca de tu antigua oficina? ¿La conservas todavía?

Yo seguía en silencio.

–Oye, por qué no nos tomamos un café allí en la pastelería del frente. Es muy curioso pues yo estaba por buscarte estos días.

Asentí con una sonrisa seca; me tomó del brazo para pasar la calle, y experimenté una mezcla de molestia y agrado. Apenas pisamos la calle de enfrente, me solté y entramos en la pastelería. Nos sentamos y ordenamos un café.

–Bueno, cuéntame que ha sido de tu vida estos años– siguió Juan Ricardo con el uso de la palabra. Le respondí:

–No tengo mucho que contarte. Tengo la misma oficina, me va bien, vivo a tres cuadras, lo cual me ahorra mucho el uso del carro y me optimiza el tiempo. Eso es todo. Pero, dime para qué me ibas a buscar.

Juan Ricardo se azoró un poco, me tomó una mano amigablemente por un momento y me dijo:

–Lucía, creo que ya es hora de poder hablar sin resentimientos ni heridas abiertas. Cada uno ha podido reorganizar su vida positivamente y seguir su camino. Yo he conocido a alguien con quien quisiera casarme. Te quería pedir el favor de concederme el divorcio.

Me sorprendí, lo miré y le dije:

–Con mucho gusto, creo que el favor nos lo hacemos mutuamente, así que tú dirás como concertamos una cita con un abogado que nos oriente y procedamos.

Saqué una tarjeta de la cartera y le dije:

-Aquí están los teléfonos de la oficina y el número actual de mi celular. Llámame y liquidemos este asunto.

Juan Ricardo tomó la tarjeta y la guardó en la billetera. Yo lo miré y recordé momentos en que habíamos estado inmensamente juntos, fundidos el uno en el otro, y me costó trabajo aceptar la indiferencia que sentía en el momento presente. Pensé: “¿Cómo puedo sentir tan lejos a alguien que estuvo tan cerca?”. Nos despedimos. Yo seguí caminando, preguntándome por qué me había impactado que Juan Ricardo se volviera a casar. Pensé en muchas razones y llegué a la conclusión que era un sentimiento irracional de posesividad de la persona que alguna vez amamos, del cual es difícil desprenderse a pesar del paso de los años.

Final

Querida Jeanne,

Hace mucho tiempo que no nos escribimos, o mejor, que yo no le escribo. Estuve muy enferma y muy aislada, y ahora estoy comenzando un período de recuperación en el que considero muy importante retomar nuestra comunicación. En primer lugar le cuento que a la quiebra económica que sufrimos siguió la venta de nuestro apartamento que era muy lindo y muy agradable. Casi al mismo tiempo, mi esposo decidió separarse de mí definitivamente. El peso de tantas pérdidas inesperadas y en un período muy corto de tiempo, me afectó de manera muy fuerte y aunque traté de mantenerme en pie, finalmente me desplomé. Esto me llevó a iniciar un proceso de terapia muy positivo con una psicoterapeuta que me la recuerda a usted. He hecho descubrimientos impensados sobre mí, mis fortalezas y debilidades, por qué escogí una pareja como Juan Ricardo, cuáles son las fuerzas que se mueven en mi psique para actuar como he actuado, entre muchos otros aspectos de mi personalidad y de mi vida.

Le escribo desde mi nueva vivienda. Lo de “nueva” es un eufemismo. Tomé en arriendo un apartamento pequeño, muy cerca de la oficina, compré muebles funcionales y he logrado construir un ambiente armónico en ese espacio (así como estoy construyendo un ambiente armónico dentro de mí). He descubierto que no se necesitan grandes y lujosos espacios para vivir de manera agradable. Continúo con mi trabajo de consultoría que mantiene una dinámica que me permite cubrir mis gastos con algún excedente. He pensado en un futuro cercano aceptar su invitación para que compartamos unos días en Londres. Nuestro encuentro fortuito fue el inicio de una etapa de mi vida que está concluyendo para dar inicio a una situación de rencuentro conmigo misma, con mis propias fuerzas. Haber descubierto mi amor por la vida en un diálogo con una desconocida en la antesala de un laboratorio contribuyó a darle un mayor sentido a mi existencia. A pesar de la aguda depresión sufrida, quiero vivir y deseo seguir descubriendo el misterio que

trae cada día, identificarme con el curso del sol, el amanecer, el cenit, el ocaso, y su nueva salida al día siguiente.

Hace poco firmé los documentos de divorcio y mi ex marido se va a casar de nuevo. El proceso no fue difícil pues fue de “común acuerdo”, esto es, no hay nada para dividir ni nada por qué guerrear. Como saldo de todo este período, considero que con mi ex marido no me quedaron cuentas pendientes sino cuentas perdidas. Las cuentas pendientes las tengo todavía conmigo en este doloroso proceso de reconstruir un proyecto de vida. Este capítulo que estoy cerrando se inició en una terraza de hotel de una lejana ciudad en donde me conecté con usted a través de las cuentas de su collar precolombino.

Un abrazo,

Lucía

**A. Anexo: Carta constancia de la
terminación satisfactoria del trabajo de
grado**

Bogotá, D.C., Abril 27 de 2017

Señores:

Maestría en Escrituras Creativas

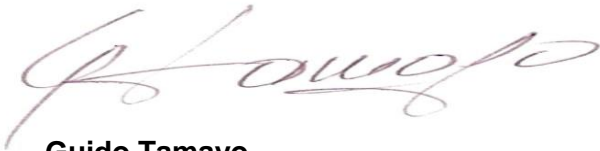
Universidad Nacional de Colombia

Cordial saludo:

Informo que el trabajo final *Cuentas pendientes* de la estudiante Ana Rico de Alonso, de la Línea de narrativa, puede ser entregado al evaluador para su respectiva lectura y evaluación.

Apruebo este trabajo por el meritorio esfuerzo que ha realizado la alumna por narrar una historia redonda, en donde se identifica con claridad un conflicto y se desarrolla un personaje central que crecerá y se transformará a lo largo del relato.

Atentamente,



Guido Tamayo

C.C. 19331567

Director trabajo final